

año I° N° 2.

El Número, 0.60 cent.

15 de JULIO de 1913

# REVISTA GRÁFICA



## EL IMPERIO DEL MAR

*G. Barlanga*

Ayuntamiento de Madrid

0,60 <sup>CENTS</sup>





■ PIDANSE ■  
los Catálogos  
■ A B C y D ■



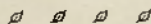
LIBRERIA RELIGIOSA

de la

**Casa Editorial**

**HISPANO-AMERICANA**

222, Boulevard Saint-Germain, 222, PARIS

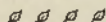


*Immenso surtido de toda clase de libros religiosos, en español y en francés. Gran variedad en objetos piadosos, imágenes, rosarios, estampas, medallas, etc., de lo más acabado y artístico.*

CASULLAS, CÁLICES, COPONES, CUSTODIAS, RELICARIOS  
DE UN TRABAJO ADMIRABLE Y Á PRECIOS ECONÓMICOS

Casillas, de todos los modelos, fabricación especial de la Casa, desde los más ricos á los más baratos. Se admiten encargos de casillas de dibujos nuevos

TODA CLASE DE ROPA DE ALTAR



■ VENTA AL POR MAYOR Y AL DETALLE ■

Comprad los Bordados  
**Schweizer**



francos de porte á domicilio, directamente de Suiza.

**Trajes**  
desde \$ 2.70 or. amer.

**Blusas**  
desde \$ 1.— or. amer.

**Trajes para Niños**  
desde \$ 1.23 or. amer.

del mejor bordado suizo, sobre batista, vuela, tul, crespón *marquiselette*, lana y sobre sedas novedad.

Pedid muestras y figurines franco

Nuestros trajes bordados se venden sin confeccionar, pero enviamos, á quien lo desee, los patrones cortados para todos nuestros modelos y en todas las medidas.

**Schweizer & Co**  
Lucerna S. A. (Suiza)

**CATARROS**  
antiguos  
y  
recientes

**TOSES, BRONQUITIS**  
radicalmente **CURADAS**

POR LA

**SOLUCION**  
**PAUTAUBERGE**

que procura *Pulmones robustos*,  
despierta el *Apetito*, aumenta  
las *Fuerzas*, seca las *Secreciones*  
y preserva de la

**TUBERCULOSIS**

L. PAUTAUBERGE, 10, r. de Constantinople, Paris y todas Farmacias.



# REVISTA GRÁFICA

PERIÓDICO QUINCENAL HISPANO-AMERICANO

Año I°  
15 Julio 1913  
Precio  
60 cent.

Actualidades. Literatura, Ciencias y Artes  
Director : José MUÑOZ ESCÁMEZ  
222. Boulevard Saint-Germain, Paris      Telefono 757-90  
Sucursal. 471 - Calle de Sarmiento, Buenos-Aires

N° 2  
Suscripción  
20 francos  
por año

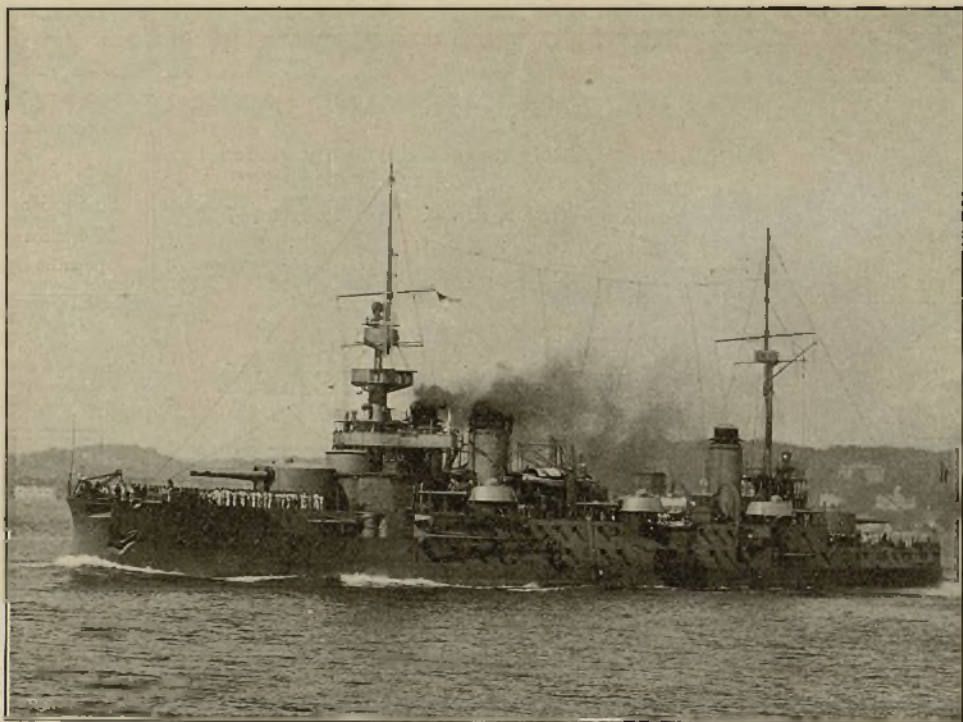
M. RAYMOND POINCARÉ



El Presidente de la República Francesa ha tenido la  
bondad de enviarnos su retrato firmado, y una carta amable  
que guardamos preciosamente en los archivos de « Revista  
Gráfica ».

*Amig*





MODELO DE ACORAZADO DEL TIPO « LIBERTE »

*Tiene dobles cañones en sus torres blindadas, y es un poderoso elemento de combate.*



## EL IMPERIO DEL MAR



Las costas fueron en todos los tiempos la puerta de entrada de la mayor parte de las invasiones. La razón es sencilla: todos los países fortifican sus fronteras para prevenirse de una agresión por tierra, pero cuando la costa es dilatada, no hay medio de ponerla en estado de defensa, y el invasor aprovecha los puntos débiles para efectuar sus desembarcos.

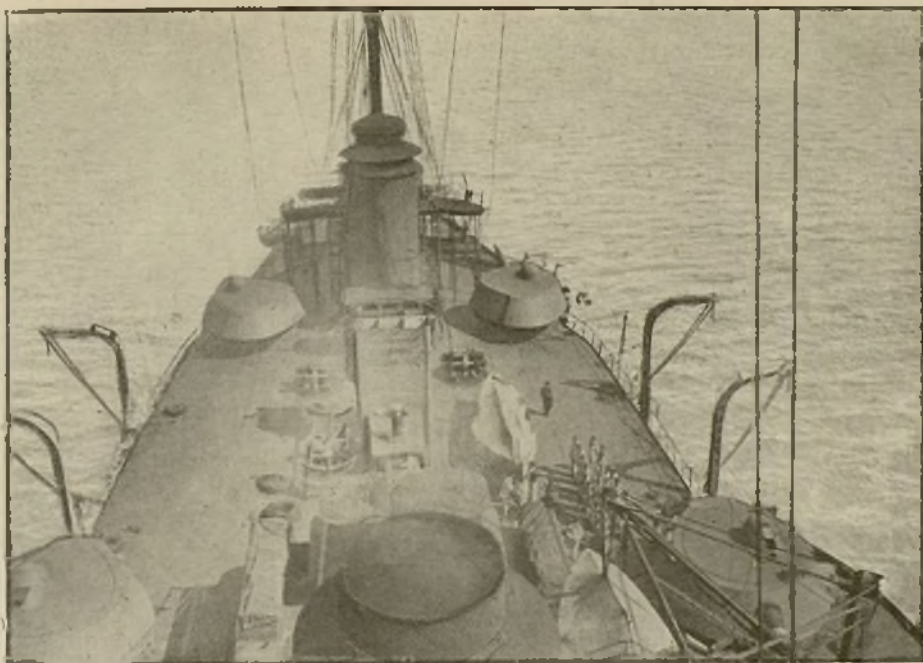
Así, pues, todo país costero, ha menester de una defensa móvil de sus costas, es decir, necesita una escuadra. Si el enemigo es dueño del mar, podrá realizar impunemente la invasión cuando le venga en ganas, saqueará el litoral, bombardeará las plazas fuertes, y bloqueará el país impidiendo la llegada de vituallas y de municiones por la vía marítima. El más

poderoso ejército no podrá evitar tales ataques, y se verá reducido á esperar un desembarco importante para dar la batalla al enemigo.

Aun en tiempo de paz, es absolutamente necesaria la existencia de una flota de guerra. La marina mercante, para realizar su misión, precisa del apoyo moral de una armada que sostenga su pabellón, y este seguramente inspirará tanto más respeto cuanto mayor sea el número de cañones que puedan, en caso necesario, defenderlo.

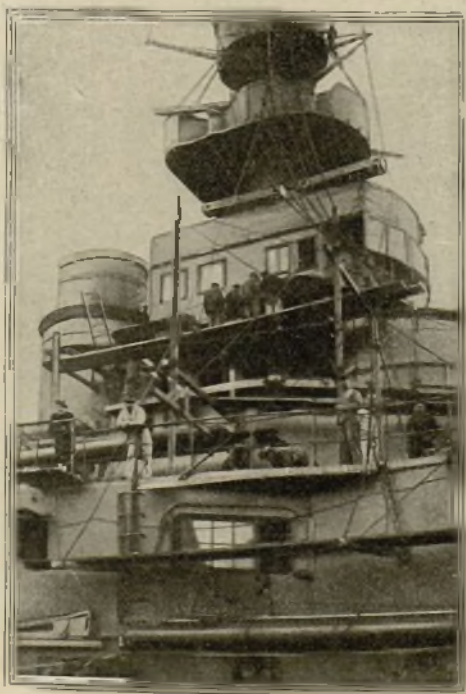
Siempre fué el imperio del mar el sueño de los grandes países del mundo. De haber sido Napoleón dueño del mar, Inglaterra tal vez hoy fuera una provincia francesa. Su poderosa escuadra la hizo





LA POPA DE UN CRUCERO-ACORAZADO

*Cañones de 16 cent. en las torres laterales.*



TRANSFORMACIÓN de una torrecilla blindada, del acorazado *Démocratie*.

intangible. Si la flota rusa hubiera sido superior a la japonesa, el resultado de la reciente lucha hubiese sido un terrible desastre para los japoneses. Nuestra guerra con los Estados Unidos es un ejemplo tan doloroso como elocuente de lo que representa la supremacía naval.

Hoy, más que antes, todos los países se aprestan a realizar enormes sacrificios por conquistar la hegemonía marítima, y los que la tienen se esfuerzan por todos los medios en conservarla. Cada país sigue con mirada inquieta los progresos de los demás y trata de echar en la balanza un acorazado más que el vecino. Sólo España y algunas repúblicas hispano-americanas, han mirado hasta ahora con indiferencia este movimiento general, y han quedado tan rezagadas que se hará necesario un colosal esfuerzo para recuperar el tiempo perdido. Francia nos da el ejemplo. De segunda potencia marítima que era, ha bajado a ser la quinta, pero tal prisa se da, que no es dudoso que en plazo breve recuperará su rango entre las grandes potencias marítimas del mundo. No hay que olvidar que el Japón,





UNA ESCUADRA FORMIDABLE AVANZANDO DURANTE LA NOCHE EN ORDEN DE COMBATE.  
*Las imponentes masas de los acorazados y de los cruceros están rodeadas de las pequeñas*





*unidades, torpederos, destroyers y submarinos que, como avispas, se disponen á clavar su temible aguijón en los buques enemigos.*





MODELO DE CONTRA-TORPEDERO

*Llamado á desempeñar un papel importante en el combate.*

como potencia de primer orden, fué una sorpresa para el mundo, y que la China puede ser otra más terrible aún.

Así, pues, es de toda necesidad orientar los esfuerzos hacia la conquista del mar. En plazo más ó menos próximo van á resolverse en él los más importantes problemas internacionales, y es preciso una persistencia á toda prueba para lograr ponerse á la altura indispensable.

España, sacudiendo el inexplicable letargo en que estaba sumida, comienza á intervenir en los asuntos políticos del mundo, y para ello emprende la reorganización de su marina de guerra.

Ante el poderio marítimo de la América del Norte, las naciones hispano-americanas tienen una condición vital que cumplir. Cada país, en la medida de sus fuerzas, debe ponerse á la altura necesaria para que sus elementos, sumados á los de sus hermanos, puedan ofrecer un serio obstáculo á la insaciable ambición yanqui. Sólo así podrá conjurarse de un modo definitivo, la constante amenaza que se cierne sobre sus cabezas.

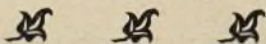
Un ejemplo de ayer. Turquía quedó rezagada en su marina de guerra, confiando en que con su ejército, adoctrinado

por jefes alemanes, nada tendría que temer. Grecia, en cambio, había preparado en silencio una escuadrilla moderna, dotada de todos los medios de destrucción y de defensa. Pues esta pequeña flota tuvo constantemente en jaque á los turcos, dificultó la llegada de tropas y de subsidios, y contribuyó en gran parte á la victoria de los aliados.

Alemania, á pesar de la pequeñez de su costa, ha querido asegurarse el imperio del mar, logrando ser la segunda potencia marítima del mundo, y no es esto lo que la hace menos temible. Á pesar de su poderoso ejército, comprendió que necesitaba un apoyo marítimo poderoso, y lo ha logrado. La consecuencia inmediata de este poderio es la enormidad de su comercio marítimo, que ha invadido la América latina y que es á la hora actual uno de los primeros del orbe.

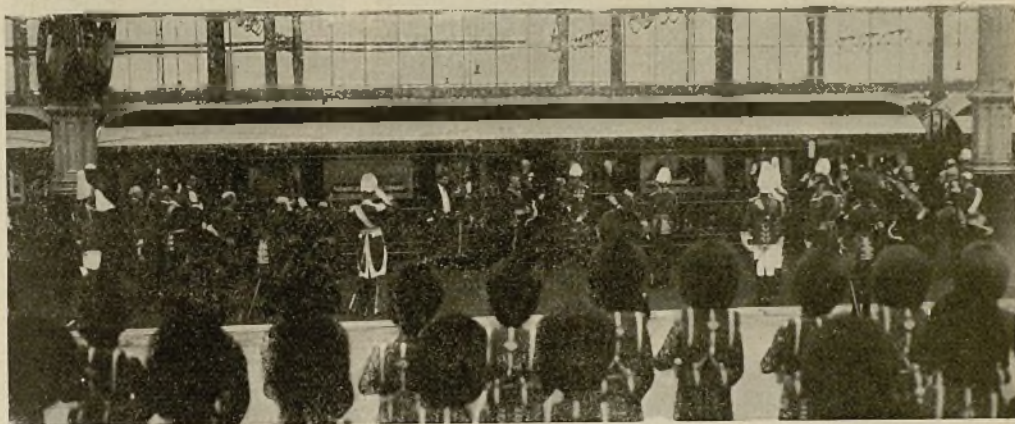
En otros artículos estudiaremos los progresos realizados en las construcciones navales, y las lecciones que las luchas modernas han suministrado acerca de la eficacia de cada clase de unidades de combate.

...





# **ACTUALIDADES**



VIAJE DE M. POINCARE Á LONDRES

He aquí algunas notas del viaje de M. Poincaré á Londres. La llegada del tren presidencial, la revista militar en los andenes, la recepción hecha á M. Poincaré por el Lord Maire. La incommovible rigidez británica, la flexibilidad del espíritu francés se han asociado en un periodo de festejos, á un tiempo solemnes y de una frívola amenidad. Ya sabemos cuánto fausto despliegan las cualidades de ambos pueblos al colaborar en un mutuo regocijo. ¿Qué fuerza hallarian en una defensa ó una ofensa común? No pensemos en esto, y atendamos á las cuatro



LAS FLORES DE LA REINA

señoritas inglesas que aguardan la salida de M. Poincaré para ofrecerle la Rosa de caridad, y el encanto de su belleza juvenil...

Esta fotografía, aislada, de los aeroplanos en un campo dilatadísimo, reúne las dos notas que anteceden. Aviación y fraternidad de dos pueblos. Los delegados españoles de las Cámaras de Comercio visitaron el campamento francés de aviación militar.

No sólo los comerciantes abandonan sus tiendas para maniobrar en una diplomacia improvisada, pero calurosa. Corren tiempos de



ANTE LAS TROPAS



LA DELEGACIÓN ESPAÑOLA Y LA AVIACIÓN





LLEGADA Á PALACIO



M. JEAN RICHEPIN,  
DE LA ACADEMIA FRANCESA



RECEPCIÓN  
POR EL AYUNTAMIENTO

renovación. El gran poeta Richepin ha decidido apartarse de la literatura, y se presentará diputado. ¿Querido maestro, si sus proyectos de ahora no son más que literatura!

darse á Nueva-York, y la fotografía está tomada en el momento de regar la fugitiva tribu.

Otra nota de América. El nuevo presidente de la República Cubana, señor Menocal, es aclama-



LA FAMILIA DEL SR. MADERO

Y caso de triunfar, ¿á dónde conducen los éxitos y las grandezas políticas? Al destierro. Una prueba está en ese grupo de embutidos que

do por la multitud. La joven República tiene cerebro y corazón.

Paz en la guerra. Realmente todas las actua-



LOS PERROS SANITARIOS

formu la familia del presidente Madero, vendido y fusilado en México, después de vencer á su vez. Los parientes han tenido que trasla-



EN CUBA

lidades reseñadas podrían titularse así. Todas son preparativos de lucha. Pero ninguna merece el título de paz en la guerra, como la





EN MARRUECOS

revista de perros de la Cruz Roja que posee el ejército francés. Su misión es de paz y es para la guerra. Y á propósito de misión. ¿Cuál es la misión de Europa en Marruecos? Por ahora, combatir. Como se apreciará en los documentos gráficos, hasta ahora, Francia, sirva de ejemplo, ha tenido que reducirse á europeizar los campamentos militares que ocupan tropas marroquíes al servicio de la República. Compárese la fotografía de arriba



BATERÍA BULGARA

con la de abajo. Es un mismo germen con diferentes tiendas. Sin embargo, son Europa, en alto, y Africa, al final.

Interrumpo la divagación porque ya os oigo pronunciar el nombre de Henri Rochefort, á quien habéis reconocido. El terrible escritor fué popular en todo el mundo. Su pluma fué una antorcha que incendió muchas veces la Francia del Segundo Imperio. A Rochefort sí que hay que descansar en paz.

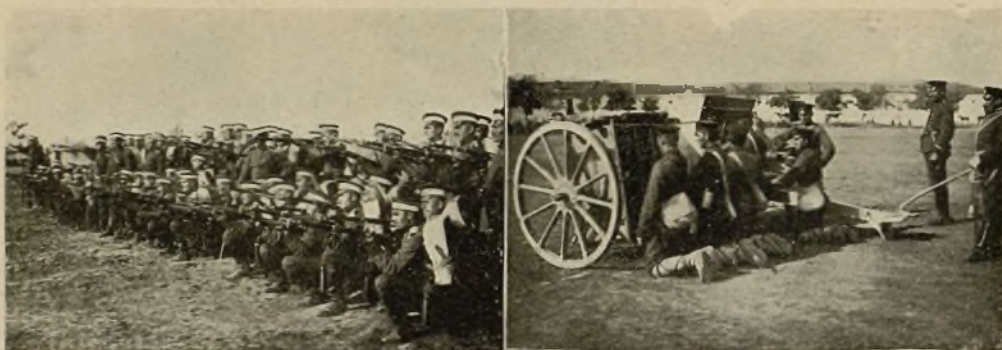


ENRIQUE ROCHEFORT



EN MARRUECOS





Como á los Estados Balcánicos.

¿Cuándo va á terminarse el conflicto? Bulgaria ha adquirido una actualidad demasiado grande y llena de peligros. El lector puede admirar dos grupos de artilleros búlgaros con sus cañones de tiro rápido, una barrera formada por la infantería del mismo ejército, y esos jinetes de gran parada que escoltan el erguido pabellón real. El Czar Fernando I es un gran director de escena. Pero todos los empresarios de teatro saben cuán difícil es ganar honra y provecho dos temporadas seguidas.

Bien quisiéramos que en nuestro próximo número todas las actualidades fuesen pacíficas; pero, desgraciadamente, la situación internacional nos hace temer dolores nuevos.

Punto final. Para no terminar dejándoos un recuer-



do desolador de la muerte y de la guerra, cerramos con un festival, el último de los muchos celebrados por París en honor de las Cámaras de Comercio españolas. Y esto no sólo no es un recuerdo triste, sino que ni siquiera es un recuerdo. Es una esperanza, todá florida.

Esperanza que bien pronto ha de trocarse en realidad, que no son los comerciantes los menos hábiles embajadores, y dentro de cada uno de ellos puede esconderse un diestro diplomático.

Ayer fué la recepción entusiástica á nuestro monarca, hoy se agasaja á los comerciantes españoles. En estas efusiones se adivina que han de ser muy fuertes los lazos que unirán á ambos países. Lazos que el afecto y el interés anudan, no es fácil que se aflojen ni desaten.



Fotografías  
Chusseau Flavien,  
Gaumont-Cinéma

Fotografías  
Chusseau Flavien,  
Gaumont-Cinéma





*Los curiosos se detienen complacidos ante los tenderetes levantados á lo largo del Sena.*

## El mercado de las Flores y de los pájaros

Trinos y aromas, bronceos mocetones y gráciles feminidades en tocado matinal; voces susurrantes y regateadoras confundiendo con el ronco silbido de los *bateaux* parisienses que sedeslizan sobre el Sena, forman con el eco trepidante de la lejania del boulevard Saint Michel, y el chirrido de los carros, que atraviesan la plaza de Nuestra Señora, el habitual ambiente del mercado de las flores y de los pájaros, cuya evocación bastará para que se ilumine la sonrosada carita de una linda pizpireta, y, aun á veces, el bronceado rostro de cierto militar retirado, que no desdeña en comprar los domingos un canario de ensortijado plumaje ó un loro burlón, recuerdo de la fauna tropical del país en donde hiciera sus gloriosas campañas.

Así como existen en casi todas las fiestas populares parisienses las reinas de la orilla izquierda y de la orilla derecha del Sena, también hay dos mercados principales, el de la Magdalena y el aprisionado por el río, la Conserjería, el Tribunal de comercio y el Hôtel-Dieu; mas cuando se habla, sin particularizar, del mercado de

las flores y de los pájaros, se entiende el enclavado en pleno harrio latino, por el que todo parisiense pasó un alegre día de cumpleaños, para comprar un ramillete de enmarañados crisantemos.

En el mercado *aux fleurs*, que suele celebrarse los miércoles y sábados, amontonanse por un día las flores venidas de los cuatro puntos cardinales de Francia, y en los puestos de los vendedores entremézanse con profusión las reinas margaritas, de prestigioso nombre; la alegre rosa, que el rubor enciende; los tulipanes de dorada leyenda, la humilde violeta y la prestigiosa verbena, talismán salvador de los corazones enamorados, en fin, todo el cortejo de divindades campesinas que asaltarán las aceras del mercado durante la noche, para ofrecer á las parisienses madrugadoras el desbordamiento policromo y embalsamador de los jardines de Versalles, Niza, Cannes y de ciertos pueblos de los alrededores de Paris. Sus corolas purpúreas, apagadas, ardientes, dolorosas ó doradas, parecen chispear aún los rayos del sol que las acariciara, cuando pomposas en sus tallos se inclinaban me-



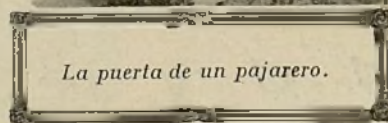


*Uno de los más asiduos clientes.*

cidas por el viento de la serranía, tras una tarde abrasadora, en la calma melancólicamente punzante de un enrojecido crepúsculo, sólo turbado por los postreros trinos y arrullos de los pajarillos y por los lejanos ecos de las voces labriegas, que se acercan rumorosas ó mueren planíderas en el último estribillo de una canción campesina.

El mercado de los pájaros, que suele celebrarse los domingos por la mañana, posee un irresistible encanto para grandes y chicos, y lo mismo la modistilla que dispone de algunos minutos, que la rica matrona ó los entrometidos pilluelos, todos se muestran gozosos en medio de la baraúnda de pitidos y gorgoros.

Aprisionados en sus mezquinas jaulas, los alados cautivos, que miles de ojos contemplan, esperan recelosos el momento en que un ser gigantesco los separará de sus compañeros de prisión. En sus nuevas moradas, á veces morirán víctimas de la nostalgia de libertad y de las perspectivas sin límites; mas como estas avecillas no tienen hiel, en general, tras unos tímidos pitidos, pasado el susto de la instalación, rompen á cantar alegremente, con gran regocijo del nuevo propietario,



*La puerta de un pajarero.*



que espiaba ansioso, temiendo que el vendedor le hubiese burlado una vez más...

ANTONIO MUÑOZ PÉREZ.

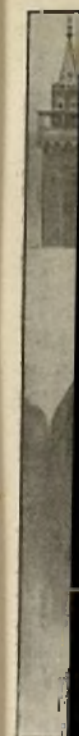




EL PRINCIPIO, POR VAN DYK

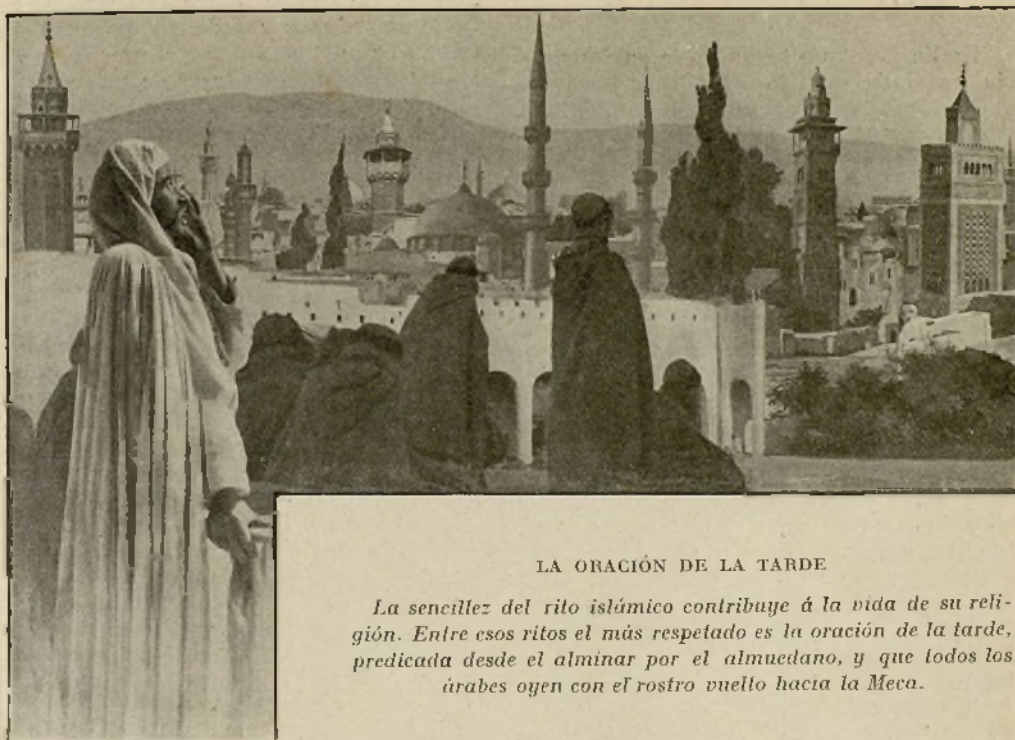
*El gran retratista universal del siglo XVII, ha superado su proverbial finura al pintar el retrato de este niño, hijo del infortunado rey de Inglaterra Carlos I. Es un niño y príncipe. Y el artista fué Van Dyk.*





**C**  
sino  
tos e  
los  
euro  
que  
emp  
la co  
mo a  
jaul  
El  
las  
voz  
ruid  
año  
rosa  
bod  
ansi  
escu  
el m  
de l  
6Y





LA ORACIÓN DE LA TARDE

*La sencillez del rito islámico contribuye á la vida de su religión. Entre esos ritos el más respetado es la oración de la tarde, predicada desde el alminar por el almuedano, y que todos los árabes oyen con el rostro vuelto hacia la Meca.*

## La Guerra Santa

**C**REEN muchos africanistas que las refriegas de italianos, franceses y españoles contra los moros, no son sino los últimos y convulsivos movimientos de una raza que muere, por parte de los árabes. En cuanto á los descalabros europeos, se dice que forzosamente hay que admitirlos en todo negocio que se emprende por primera vez, no sólo en la conquista de hombres y tierras; lo mismo acechan al explotador de avestruces enjaulados, en su industria moderna y salvaje.

El optimismo dilátase al fondo de todas las perspectivas marroquíes, y si alguna voz intenta protestar, no se la oye por el ruido del cañón. Dentro de unos pocos años, declámase por ahí, la estepa ardorosa florecerá, y los navíos colmarán sus bodegas de unas mercaderías exóticas y ansiadas en el mundo civilizado. Ya se escucha el ruido de los frutos al caer en el maderamen, desde los volcados cuernos de la abundancia.

¿Y si luego resulta que no hay tanta

belleza? En lugar de la calma y un apacible trabajo remunerador, ¿no estaremos preparando un porvenir siempre inquieto y de constante guerra?

Aquellos que contemplan el estado actual de la raza mora, piojosa y adormecida en los aduanares, la idea de una posible regeneración ha de parecerles algo fantástico y bueno para discutido en los divanes de un círculo de recreo. ¡Se alejaron, para no volver, las magnificencias de la Edad Media, cuando Córdoba era la ciudad más refinada y erudita del universo! En la campiña bética se edificó la inolvidable Medina-Zahara. El sensualismo y la polícromía de las kasidas árabes habíanse trasladado á la arquitectura, y la pequeña ciudad construida por el amor fué como un embriagador botín. Debajo del arado surgen ahora algunos restos de la pretérita grandiosidad. Piedras enmohecidas, cacharros rotos, podredumbre. Esto queda de los ricos tesoros. Lo mismo ocurre con la raza.



## EL PORVENIR

Nadie cree que tornarán la sabiduría y la regalada molición islámicas. Pero los hijos de estos africanos que combatimos en la actualidad ¿no sentirán renacer en su espíritu los fervores y las bravuras de sus ancestrales? Si se realiza esto, ya puede afirmarse que es posible, más aún, que es segura la Guerra Santa.

¿Por qué no ha de formarse para la guerra una generación en la guerra nacida? Los futuros guerreros moros, tienen su infancia infernalmente arrullada por los lloros cálidos de sus madres, por los aullidos paternos, por la canturía desoladora de los santones. El incendio, la huida, el hambre y la muerte constituyen la vida cotidiana de Marruecos. Nadie allí piensa en la paz, sino son los europeos. El desdichado Muley Hafid, que componía versos delicados y ardorosos, ha sido lanzado de su trono. Con esa desorganizada, aunque firme ambición de pelear, coincide la abundancia de caballos, fusiles y cartuchos. ¿No veis cómo el muchacho árabe va creciendo en la atmósfera que le conviene para despertar los abotagados sentidos?

La moral del africano es su sed de venganza, es su libertad, es su religión. Sus placeres están en la pólvora, en la mujer y en los corceles. Poco a poco el Imperio ha ido desmoronándose como un paredón viejo, ya fofa por la carcoma del tiempo. Al caer una almena arrastraba consigo la cercenada cabeza de los rebeldes. El pueblo entero degradábase al sol, en una

quietud de tumba, entre el zumbido de los moscardones y rodeado de famélicos canes. La nobleza soñaba al murmurio de los surtidores en las tazas de mármol. La indiferencia de los jefes y el embrutecimiento de las masas, acacharon por embotar el cuerpo y el alma sarracenos. De pronto ha llegado el alba de nuestra invasión, y es un desperezo continuo, y los minaretes cantan, ya que no tocan, á rebato. La marrullería,

única característica que conservaban los degenerados infieles, llamémosles según el lenguaje de aquellas guerras evocadas, hace que aguarden á la abundancia de las cosechas para reanudar, cada estío, las algaradas sangrientas y tumultuosas, en las que ya se anuncia el fanatismo que no tardará en volver...

## POLITICA INTERIOR

Al mismo tiempo que nosotros con nuestros ataques, laboran por la Guerra Santa las antiquísimas sociedades secretas del Islam. Desde el tiempo de las Cruzadas existen. Y no se ha alterado su rigurosísima fórmula, que dice al neófito: « Te entregará en las manos

de tu jefe como el cadáver al hombre que lava los muertos. Obedécele en todo, porque Allah es quien te lo ordena por su conducto. Desacatar sus mandatos es incurrir en la cólera de Allah ».

Dichas sociedades secretas son el alma de la probable Guerra Santa. Las más prestigiosas son las de *Taybiya*, necesaria al mismo Emperador; la de *Der-Raoua*, la de *Aïssaouas*, y la de *Senousya*. Esta última viene á recoger los



UN ENEMIGO FORMIDABLE  
*Ma-el-Aïncin, el mago venerado que predica la guerra Santa y que sublevó numerosas tribus contra los europeos de Casablanca.*





¡MUERAN LOS INFIELES!

*Ante la multitud, un emisario de una hermandad secreta, después de recorrer cientos de kilómetros, besa la envoltura del mensaje instigador de la guerra, en el momento en que se dispone a romper el sello.*

Ayuntamiento de Madrid



principales miembros de las otras. Es la centralización. De ahí ha surgido el Panislamismo. Ya comienzan á soñar los árabes en la unión de su raza diseminada por la redondez de la tierra, y en formar un Imperio del que expulsarán á los cristianos.

Para que el lector tenga una idea del poder de las sociedades secretas y el de sus jefes, recordaremos que en Argelia, los indígenas deben pagar 7.500.000 francos de impuesto legal. Después de esta carga, nada espontánea, ¿sabéis cuánto pagaron de propia voluntad, en un solo año, para el mantenimiento de sus instituciones ocultas? 16.187.092 francos. El origen sagrado de sus cenáculos todavía impera en el alma del árabe. En nombre de la religión se predica el odio al europeo.

### LA VIEJA RAZA MORA

Olvídamos frecuentemente, además, el número de mahometanos dispersos por el

globo. Aparte que la invasión de Marruecos es atacar la plaza peligrosa, porque Fez es una de las dos ciudades veneradas, es preciso recordar que el enemigo no se reduce al vasallo marroquí. Este puede recurrir al auxilio de doscientos millones de hombres, que pululan por el Turkestan ruso y chino, Java, la India, Afghanistan, Persia, Madagascar, Mozambique, Arabia, Egipto, Livia, Turquía de Europa y Asia, Montenegro, Argelia, Túnez, Marruecos, Sahara, Senegal, Albania.. Desde el Atlántico á los mares malasio, desde el Turkestan al Congo, se oye cantar á toda hora: *Allah! Allah! Mohammed rassoul Allah!*

Si la vieja raza mora resucitase, y uniera sus aislados esfuerzos, seguramente nos asombraría la grandiosidad de la Guerra Santa. Confiemos en que contribuirán á evitarla sus infernales guerras civiles, que llevan trazas de no terminar nunca.



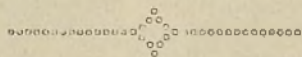
DOS CARTAS

*Eso son en realidad estos dos discos con su escritura jeroglífica para los europeos. Contienen órdenes de sublevación.*





*Más allá del río  
y de la doble escolta de los álamos que en sus  
márgenes quedó inmóvil y sonora...*



## EL POEMA

### DEL BOSQUE

1

**N**o lejos de la aldea — más allá del río y de la doble escolta de los álamos que en sus márgenes quedó inmóvil y sonora — comenzaba el bosque.

Era un bosque, un bosque vastísimo que trepaba por la montaña, descendía y tornaba á dilatarse dominador, como un ejército, como un rebaño fabuloso. Lleno de asechanzas, de misterio y de sombra, empavorecía á los pacatos y sugestionaba á los misántropos. Pero en los pueblecillos de la contornada no había filósofos; bastaba con que existieran enamorados.

Cuando alguien se aventuraba — á pleno día, claro es — en la imponente selva, el silencio le susurraba tales consejas, el viento modulaba tales iras, la sombra fabricaba tales alucinaciones, que el frondosísimo recinto daba al lugareño pánico de ciudad maldita, determinándole á huir veloz é insensatamente.

Así, abandonado, con aparente desolación de cementerio, con oculta y rica germinación de vivero, el bosque abría sus amplias naves, coronadas por artesanos de maravilla. Aquí formaba una gruta verde y fresca, desde cuyas alturas los sauces dejaban caer, como estalactitas,



sus ramas lánguidas; allá dilatada una avenida fantástica, con cipreses enlutados y señoriles; acullá sus árboles varios, de todas las latitudes, engalanados con vestiduras diversas, altos ó enanos, airoso ó grotescos, pensativos ó joviales, elevábanse como plegarias y retorciábanse como impotencias, construían arquitecturas de basilica ó se agrupaban para cantar en coro, ó para batirse en retirada, ó para suspirar unánimes, ó para extender sus ramas iracundas y espinosas, en un frenesí salvaje que daba á su hosquedad apariencias y trazas lamentables de cosa humana...

En esta selva que tantas bellezas, idilios y horrores pudo albergar, el sol, travieso y amigo de pulir mentiras y avalorar verdades, raras veces penetraba. Eurtivamente, á menudo vencedor de la tenacidad que la sombra le oponía, jugaba como un pajecillo ó asaltaba como un héroe.

Pródigo ó prisionero, sembraba arborescentes, lentejuelas, celosías, rosetones y calados; era el único mago del bosque, fauno y poeta, chiquillo y dios, que durante la siesta propagaba incendios brujo, que, al amanecido, entraba leda y amorosamente, y que á la hora de retirarse, doraba las copas y recamaba los troncos con amor incomparable de artífice.

Volaban entre la arboleda sus rayos — calladas aves de oro —; en el terciopelo del musgo, su lumínar tenía centelleos de gema, y las hojas de cobre tornábanse de plata, que el aire hacía sonoras y temblorosas como sonajas...

Á este dulce asilo, sin adentrarse en él temerariamente, iban dos mozuelos, novia y novio, buscando consolación, esparcimiento.

Eran pobres, inquietud que adiestra, y más á los enamorados, á suspirar. El bosque, inmenso, inacabable, les atraía. Detrás de sus árboles más rezagados, allá donde el sol se formalizaba y el aire deponía su cólera fanfarrona, los novios sabían que estaba el mundo, esto es, las posibilidades y las promesas.

Como enamorados y como jóvenes, el pueblecillo aquel ofrecía estrecheces y ahogos de ataúd. Andariega el alma, harto sombrío el porvenir, la vastedad del bosque, severo á veces y hospitalario en su umbral, brindábales consuelo sin tasa.

Cogidos de la mano, con religiosa lentitud, le recorrían en aquella zona en donde las zarzas y los rosales, alborotados, pero florecidos, ofrecía á sus divagaciones rústicos monópteros, bosquecillos sombríos y cordiales. Allí, á solas, departían ilusionadamente, soñando con la liberación. El pueblo, rebosante de rencillas y de hostilidades, les acobardaba. ¿Por qué no podían ser felices del todo, si en su cariño tan liberal y regalada fortuna encontraban?

El misterio plácido, risueño por aquel paraje, de la fronda, les hizo pensar en el hada, en esa hada de los cuentos, bondadosa y compasiva, que convierte los trasgos en rosas y las cabañas en palacios y las desventuras en realidades de oro y de claridad...

La poca literatura popular que los mozos gustaran como miel en la sumida boca, olorosa y siempre juvenil, de la abuela, soliviantaba febrilmente sus corazones. Soñaban. Soñar en un bosque, entre la penumbra verde, diáfana, bajo el claror de las altas y temblorosas estrellas, puede emocionar y adormecer. Así, como en una edad añeja, pastoril y legendaria, los novios inclinaban sus frentes, incorporando á su amor y su desaliento, un suspiro nuevo, una rosa toda fresca, pero gris.

Y, entonces, como pájaro único y milagroso del bosque, la luna surgía detrás de los pinares, ó entre el cipresal, ó sobre los abetos, é iba de rama en rama, doliente y bruja, sin gorjeos, recortando troncos, destacando ramas que caían como una bendición, ramas que subían como un sueño, ramas que se alargaban como una voluntad...

Una vez se presentó el hada.

Los novios no dudaron del prodigio. Vestía de blanco la risueña aparición, y en los labios y en los ojos brillaba su misterioso prestigio, y en una mano tenía la mágica varita que corrige todas las fealdades de la vida.

Miráronle confusos los novios al pronto, mas prestamente se sosegaron. Tanto habían creído en que el hada se les presentaría alguna vez, que lo que debió ser deslumbramiento fué, sencillamente, gratitud.

El hada les sonreía; era joven, con esa juventud que emana de todo lo que sonríe. Apenas sus pies, ocultos bajo la am-





*Vestía de blanco la risueña aparición.*

plia y armoniosa vesta alba, rozaban el suelo.

— ¿Por qué suspiráis? — preguntó suavemente. — Os trae todos los días á este bosque más que una bondad, una superchería. No busquéis aquí la paz, sino en vuestro corazón.



Y como los novios callaran, mirándola con leve desencanto, la sobrenatural mujer añadió:

— La paz no reina ya en este bosque milenar. Emigró de él para siempre, como las ninfas y los dioses, como las fiestas y los ritos que inspiró. Los árboles que aquí véis se han humanizado; orgullosos de su leyenda, de su linaje, de su porvenir, son ahora espejos que reflejan las ambiciones, las inquietudes, los odios y las vanidades de los mortales. En este bosque, que remotamente otras razas creyeron sagrado, refugiáronse divinidades y guerreros, fieras y ladrones, la espuma de la belleza y la hez de la maldad. Filósofo hubo que presintió aquí á Dios, y no faltan hombres humildes que sigan sintiéndole en estas antaño apacibles, hoy hoscas soledades. Pero la edad presente ha derrumbado muchas bellezas, transformándolas y aun pervirtiéndolas, y este mundo de árboles, falazmente atractivo con su poesía brava, está secuestrado por toda suerte de vicios. Estos árboles de hoy proclaman, soberbios y fatuos, su alcurnia, recabando para sí privilegios y honores que siempre fueron otorgados al hombre, porque saben que hubo un álamo dedicado á Hércules y una encina á Júpiter y un laurel á Apolo y una higuera á Baco y un olivo á Minerva...

Detúvose el hada, temerosa de seguir hablando á los enamorados, de seres que ninguna evocación podía despertarles. Mas como el silencio de la pareja equivalía á un suave asentimiento, prosiguió:

— Venid conmigo y escuchad. Voy á demostraros que en este bosque donde pronto entrarán los leñadores justicieros, la ambición es una flor ponzoñosa, como la que envenena vuestros pechos.

Avanzaron ellos tras el hada, y, para inspirarse confianza mutua, no desataron el nudo rosa de sus manos.

Luego de avanzar entre el halo resplandeciente que de la aparición irradiaba, los tres se detuvieron de pronto. Estaban en lo más espeso, en lo más confuso, desordenado y pintoresco de la selva,

Sonaba á la sazón un rumor prolongado, que llenaba el aire, como en la más irridada de las tempestades. Los novios miraron al hada preguntunamente, arrobados y no por ello menos cohibidos.

El hada seguía sonriendo. Había realizado el prodigio, y los árboles, como en

una hora taumatúrgica, hablaban; digamos, mejor, contendían.

— ¡Calle el muy desmedrado! — vociferaba un olivo venerable, giboso, lleno de arrugas, sin deponer su cólera junto á la orgullosa estatura de los abetos, encinas, álamos y hayas vecinos — ¡Eres un llorón, un cobarde! Yo soy la fuerza, la tradición piadosa; bajo las ramas de un olivo, en una noche de gloria, la humanidad se redimió; Jesús lo hizo. De mis brazos se arrancan los emblemas de paz; soy la alegría, iluso; ¡paso á la fuerza!

El interpelado — un sauce dolorido y airoso — elevó una protesta cortés.

— Los poetas me han cantado, los héroes me solicitan. Un guerrero quiso reposar eternamente, sin espada y sin afanes, á la sombra fiel de mi ramaje. Mira mis galas, respeta mi destino. Soy el árbol del dolor; el dolor es aristocracia.

— ¿Quién habla de fuerza? — replicó un roble —. Yo sí que estoy llamado á triunfar; si los poetas te invocan sensibleramente alguna vez, labrando sus rimas me cortejan. Conozco las frentes de todos los líricos. Soy hermano de la inmortalidad. Convivir con vosotros, que no me comprendéis, es una tortura, si á ratos no tuviera asperezas de ultraje.

Prodújose cierta confusión y durante algunos momentos los apóstrofos de los polemistas dieron al bosque retumbos de pleamar iracunda.

Por fin, una voz tonante se impuso.

— Habláis de vanidades y de falaces artificios, y, sin embargo, el que merece una suerte más venturosa soy yo. Perdonadme la franqueza.

Hubo un instante de estupor. La que así decía era una haya copuda, gruesa y oronda.

— Si — repitió con deplorable tonillo declamatorio —; protegido mío, un soberano, el rey de los franceses, santo y poderoso, administró justicia y dirimió contiendas, ungido con la sabiduría de otro monarca israelita. ¿Qué concepto tiene el olivo, compañero perfectamente industrial y, por tanto, prosaico hasta el sonrojo? Bajo la amplia sombra que proyecta, la justicia si que es la cuna de la paz. Un rey me honró; ¡inclinaos!

Á los desplantes de la haya, el quino opuso una réplica decisiva.

— Y de mí, ¿no os acordáis? Alguno de vosotros será la fuerza ó la gloria, el dolor ó la ciencia; pero yo soy más, soy





*Bajo la campana  
de la chimenea, un leño oloroso á relama,  
chisporrotea...*

la salud. Reyes y pecheros, letrados é indoctos, me requieren con idéntico amor. La muerte, á la que sólo yo sé rendir alguna vez, se recuesta en mi tronco, divinamente privilegiado.

— Tú das la salud, pero yo he fundado el hogar — dijo un pino esbelto y engreído. — Con mi propia carne suministro al hombre cuanto necesita; la mesa para su trabajo, el lecho para su reposo, la leña para su vigilia...

— ¡Calla, imbécil! — interrumpió un ébano. — Eres un aliado del pobre, y nada más. En los hogares á que aludes, anida el odio, la miseria, la ignorancia. Yo soy el lujo; simbolizo el bienestar...

— ¡Bagatelas! ¡vanidad de vanidades! El lujo tuyo es tan discutible como la pobreza que atribuyes á la encina — intervino, conciliador y pedante, un manzano. — El que realmente ha prestado un excepcional favor á la humanidad, es el que tiene el honor de dirigiros la palabra. No quiero ofender vuestra ilustración recordándoos que uno de mis frutos — cuyo zumo, hábilmente utilizado por la industria del hombre, suscita zambras y romerías fraternales — permitió á un

gran sabio inglés descubrir una de las más trascendentales leyes cósmicas.

El manzano hizo una pausa para perfilar un párrafo que sugestionase á la asamblea; mas aconteció que los árboles resistentes, agitando enfurecidos sus ramas, se lo impidieron.

— Mi fruto — gritaba una higuera — es dulce como mi sombra. Notorio es el lustre de mi abolengo. Yo vi, en un alba radiante, amamantados por una loba, al pie de mis cargados brazos, á Remo y Rómulo. ¿Sabéis quiénes eran? Eran...

Pero la batahola aumentó, rencorosa é inaudita. Ningún árbol se entendía.

— ¡Yo soy la inmortalidad! — susurraba un laurel.

— ¡Y yo la filosofía! — replicaba un plátano, añadiendo como un estribillo —: ¡Platón me amaba! ¡Platón me amaba!

— ¡Yo custodio á los muertos y hago fruncir la frente á los vivos! — decía un ciprés —. Soy belleza y recuerdo; soy espiritualidad y emblema. ¡Cuatro veces respetable!

— ¡Yo brindo consuelo al caminante! — argumentaba una acacia.

— ¡Y yo canto junto á los ríos! — exponía un álamo.

— ¡Más útil soy yo! — razonaba un alcornoque.

— ¡Calla, orgulloso!

— ¡Silencio, presumido!

— ¡Poeta!

— ¡Sepulturero!

— ¡Burgués!

— ¡Inútil!

— ¡Tú, sólo das sombra!

— ¿Y tú, que no tienes hoja más que en verano?

— ¿Qué haces tú? ¡Suspirar!

— ¡Calle ese ramplón que llora resina!...

— ¡Silencio! ¡Es imposible seguir vi-  
viendo aquí!... ¡Me voy á mi monte!

— Y yo á mi cañada...

— Y yo á mi camino...

Los novios inclinaron la cabeza. Do-  
liales oír tan imprevisto y original con-  
certante de lamentaciones.

El hada les acompañó hasta el límite  
del bosque, frente al río. Ilundiase el sol  
á lo lejos, y de las viviendas pueblerinas  
elevábase el incienso doméstico, la paz  
hogareña del humo.

— ¿Lo veis? — les reprochó. — Saben  
los árboles que su mañana está cercano.



Los leñadores llegarán pronto. Todos quieren triunfar; ninguno se aviene á ser humilde y vivir dichosamente. ¡Acordaos de los árboles!

Y desapareció.

## II

Casados están los que fueron novios, y que por la dulce fragancia del concepto, siguen siéndolo.

Han transcurrido varios años. El esposo ha regresado de la ruda jornada; la mujer, cerca de la cuna donde el primogénito duerme, parte una hogaza de pan y sonríe. Bajo la campana de la chimenea, un leño, oloroso á retama, chisporrotea.

Es de noche, y, atravesando la ventana entra el rumor incesante, luctuoso, de la tala.

Los leñadores siguen su tarea.

Como en las vidas, lo mismo que en los cuentos, lo que una maga inicia, otra maga epiloga, el hada del bosque se presenta de nuevo á los esposos.

— Vuestro recogimiento me dice — exclama con su sonrisa inagotable — que habéis logrado ser dichosos. ¿Os acordáis de los altivos, ambiciosos, insensatos árboles?

» Emigrando han ido desde sus soberbias á la bajera y humilde realidad que les acechaba. Aquel que tanto declamó, vedle crepitando en la lumbre; pensaba ser simbolo de vanidad y concluye, razonable y resignado, dándoos el consuelo

de su llama y de su calorcillo; estotro, vagabundo y aventurero, no camina: convertido en cuna, mece... Así todos; uno es nave, otro es ataúd; insolentes ó ilusionados, modestos ó sentimentales, hoy véense convertidos en fuego, cultura, bienestar, encanto, en útiles colaboradores, amigos dóciles del hombre... Dejaron de maldecir, y hoy cantan.

— ¡Cuánta razón tenías y cuánta sigues teniendo! — susurró la esposa, conmovida.

— Desde muy pequeño sé que las hadas erais bondadosas — declaró el marido —. Gracias á ti oímos la voz del bosque...

— Que era, entonces, la de vuestro corazón — concluyó el hada —. Ahora el hacha del leñador os dice una gran verdad.

— Que es la de nuestra dicha — replica la mujer.

— Porque, en vez de buscarla en otra parte, es preciso, como os dije, descubrirla dentro de sí mismo. Los árboles, los pobres árboles no lo sabían...

En la noche serena y estrellada del invierno, el hada desaparece. El matrimonio queda silencioso, lleno de sonrisas interiores. Y, á lo lejos, los hachazos de los leñadores siguen resonando. De la muerte del bosque, otra vida, vida fecunda y sana, va á comenzar. La canción fúnebre acaba, esta vez, en himno pascual, y el hacha adquiere prestigio de varita de virtudes...

E. RAMÍREZ ANGEL.







Foto. Chusseau Flaviens

#### LA ENTREVISTA

*El Czar Fernando inauguró su reinado con una serie de declaraciones periodísticas, y aquí puede verse la amable cortesía con que recibe á los corresponsales extranjeros.*

## El Retablo del Czar Fernando I de Bulgaria

**D**espués de vencer al turco, los serbios, los griegos y los búlgaros se disputan la parte del león. Comienza la guerra harto espontáneamente. Continúan las negociaciones diplomáticas de Londres. Prepáranse las entrevistas de San Petesburgo, bajo los auspicios del Czar de Rusia, jefe nato de aquel imperio de la raza slava que se pensó en constituir allá por el año de 1846...

En París, se celebra una comida diplomática, y asisten los representantes de los pequeños Estados Balkánicos, y conversan con la afectuosidad que suele despertarse en torno de una mesa bien guarnecida de

manjares. En tanto, allá en el oriente, los tres ejércitos, ayer amigos, se destruyen, se fusilan, quisieran aniquilar al rival.

Allí mismo la guerra se ha principiado sin pensarlo. Los oficiales búlgaros convidan á cenar á los oficiales serbios, y al levantarse los manteles, luego de un paseo descuidado, de pronto, ¡una descarga de fusilería! Y ¡viva Bulgaria! Y ¡viva Serbia! Y ¡viva Grecia! Acaso morirán las tres.

Desde luego, el viejo caimán turco aprovecha la confusión y ha declarado que recobra su libertad de acción, en los





Foto, Chusseau Flavien

#### A BORDO DEL TCHAIKA

*El Czar navega en la chalupa real en compañía del coronel Dimitrief; el Czar aprovecha el paseo para cazar los cormoranes de la ribera.*

asuntos internos, se entiende. Rumanía ya ha movilizado sus tropas. En los periódicos ilustrados menudea el retrato del Rey rumano, y esto es mala señal, como las apariciones de los cometas en el terror popular.

Los ciudadanos de Bucarest recorren las calles al grito de ¡muera Austria! Hasta ahora Rumanía no era sino un país de poema, en que una reina de corazón y cabellos blancos tejía sus sueños poéticos...

¿Y quién es el causante de tantas y tantas inquietudes? El único que no habla. Cuando los soberanos de Serbia y Grecia han llegado hasta a telegrafiar al *Daily Mail* excusándose de no contribuir al desorden, el Czar de Bulgaria, tan fácil á la *interview*, tan amigo de la publicidad que alojó en su palacio á más de un periodista ex-

tranjero, eso sí, en tiempos de paz, no dice nada, nada, nada. El asombro es inmenso en Londres, Berlín, París, San Petersburgo...

Gran fama de político goza Fernando I. Realmente, con su propio esfuerzo personal, ha formado su país. Sus vasallos le adoran. Fernando gusta de deslumbrarlos recorriendo los campos en traje de soldado moderno, y otras veces disfrázase con las vestiduras típicas del pueblo, y la multitud lo aclama embriagada por un tierno entusiasmo. Y mientras el Czar deposita unas monedas de oro en la bolsa que le ofrece un sacerdote, la plebe danza y canta al son de aquellos instrumentos orientales, tan dulces.

Al mismo tiempo que discreto político parece ser un hombre sencillo, el Czar. Cuando se le nombró miembro de la Legión de Honor corrió á visitar al tío d'Aumale, como un chico con su premio

#### HOMENAJE POPULAR

*Las mujeres de los pueblos acuden á vitorear á Fernando I el más amado de los soberanos.*



Foto Chusseau Flavien





Foto Chusseau Flaviens

#### LOS SUEÑOS DEL CZAR

*Fernando I, depie  
en el último límite  
del parque de Euxino  
grado, dilata su mi-  
rada por el mar y  
por sus ambiciones.*

de la escuela, y el  
pariente le dijo :  
« Yo te bendigo ».  
Tal patriarcalidad  
se extiende á toda  
su vida.

El Czar vive  
siempre en fami-  
lia. Madruga, pa-  
sea con las dos  
princesas Eudoxia  
y Nadejda, niñas  
aún. Es aficionado  
á la caza de cor-  
moranes y le apa-  
siona la horticul-  
tura. Lee de sobre-  
mesa las revistas





Foto. Chusseau Flavien

#### EL CZAR Y EL SACERDOTE

*Fernando I entrega unas monedas al sacerdote para que los reparta entre los necesitados. Es una escena patriarcal.*

de París, y estudia de noche en la soledad de su gabinete. Su ideal es hacer feliz á su pueblo. Un trozo de la Arcadia es la corte de los búlgaros.

Fernando I sabe la historia de todos los árboles de su jardín, y se enternece al referir cómo salvó un pino señalado por los leñadores y que ahora irradia su copa en el jardín de Euxinogrado.

Una vez encontró á un pobre hombre cuya ropa habiase reducido á unos andrajos. El Czar quiso darle un luis, pero no llevaba encima moneda alguna. Pidió el luis á su jefe de palacio, el conde Clinchamp, y tampoco el conde llevaba dinero. Fué preciso que un periodista allí presente acudiera en auxilio del Czar y del gran personaje de aquella corte, lo repetimos, arcádica.

La reina y los príncipes Boris y Cirilo, muchachos que se afanan en copiar orejas en la clase de dibujo, contribuyen á afirmar el carácter acentuadamente burgués de la primera familia de Bulgaria. Los cronistas que tuvo el Czar habrá dos años, auguraban un brillantísimo porvenir al reino naciente, fundados en la gravedad llena de inteligencia, característica de Fernando I. En efecto, los búlgaros han triunfado de los turcos con un ímpetu medioeval. Las narizotas de Fernando I salieron engrandecidas todavía más en los



#### EL CZAR EN LOS JARDINES

*Fernando I es un horticultor apasionado.*



#### EL AMOR Á LOS ÁRBOLES

*El Rey, en el campo de Varna, prueba á endurecer un árbol.*





ALMUERZO ÍNTIMO

*El Czar almuerza con algunos personajes de la corte, el conde Dimitrieff, el comandante Abad-chief y el coronel Stouanof.*



ALOCUCION DE UN ALCALDE

*El alcalde turco de una aldehuela búlgara, con su traje tradicional, saluda al Czar. La figura de la derecha y en alto, representa á Fernando I adaptado á la usanza de los campesinos búlgaros. La otra figura es la de Fernando con las ropas características de los salvadores de Rhodopes.*

Foto. Chusseau Flavien



periódicos humorísticos de todo el mundo. Por ahí se iniciaba el homenaje al gran pequeño fundador de pueblos. Visto su silencio actual ¿cuanto no daría el Czar por retirar su poderoso apéndice nasal de la olla balkanica? La primera derrota de los turcos ocasionaronla los bulgaros. La primera quiebra habida en la lucha de los Estados entre sí la ha sufrido Bulgaria. Confiemos en que esto abreviará la difícil situación del Oriente. Porque se ha repetido mucho que Fernando I es un gran político. ¿Cómo podrá desconocer entonces la sentencia del clásico, tan necesaria á los príncipes? Si no puedes ser león, conviértete en vulpeja...

La intervención de Rumania complica el asunto. No está definida su actitud. El gabinete de Bucarest ha declarado que en caso de guerra se reservaba su libertad de acción y que estaba decidido á intervenir. Pero ¿en qué sentido y dentro de qué límites?

Puede asegurarse desde luego que sus simpatías no acompañan á Bulgaria. El temor á una hegemonía búlgara en los Balkanes, tiene en vela á la monarquía

danubiana. Austria ha mediado en el negocio, y con todo su peso, esta potencia procura sujetar á su satélite. Falta todavía ver el resultado de todas estas andanzas. ¿Acabará Rumania por tomar francamente la ofensiva contra Bulgaria?

En cuanto al protectorado del Czar no puede recordarse sin cierta irónica sonrisa. Que no se hable de arbitraje hasta que los bulgaros no hayan abandonado las posiciones que retienen indebidamente. Hay que resolver simultaneamente todos los litigios balcánicos. El olvido de estas verdades fundamentales ha hecho fracasar las tentativas rusas.

Hoy las tropas serbias y las griegas, cansadas de ver que la Bulgaria retiene territorios que antes de la guerra les fueron prometidos, se lanzan contra su antigua aliada. Y justo es confesar que Europa sufre una decepción semejante á la que experimentó con las derrotas de Turquía. Creímos que los búlgaros iban á dominar á sus aliados y hasta ahora van estos de victoria en victoria. No estaría mal que el turco, aprovechando la discordia que reina entre sus vencedores, lanzase sus ejércitos contra ellos y recobrase los perdidos territorios. Sería una lección merecida.







Marchaba del brazo de su esposa con los ojos bajos y la color quebrada.

## Mariquita Pringue I<sup>a</sup>



CURREN en la vida cosas raras, pero pocas como las sucedidas á Mariquita Pringue, la hija del molinero de Alza-cuellos de Abajo.

Era Mariquita una muchacha algo sosona, pero no mal parecida, sobre todo cuando se lavaba la cara, accidente que no le ocurría sino los domingos para ir á misa, en cuya circunstancia vestía un traje nuevo con su corpiño á rayas encarnadas, justillo de terciopelo negro y una falda más blanca que la harina de su molino.

Cierta vez se le antojó pasear por el campo tan distraída iba que, sin darse cuenta de ello, atravesó el bosque lindante con el pueblo y fué á dar al pie de una montaña coronada por un castillo roquero. Boquiabierta, la muchacha contemplaba embebecida las torres del castillo; cuando dos soldados, sujetándola por los brazos, la llevaron prisionera hasta la cámara en

donde estaba su señor, que era un rey barbudo, gordo, que llevaba la corona la deada para darse aires de calavera, y vestía un ropón que pagado al peso valía un dineral y cuyos bordados parecían un jeroglífico.

En cuanto el rey vió á la chiquilla, comenzó á carraspear y á escupir á derecha é izquierda con una velocidad de setenta salivazos por minuto. Luego de mondar e bien la garganta, exclamó:

— ¿Por qué traéis presa á esta muchacha?

— Señor — respondieron los soldados —, estaba inspeccionando las entradas del castillo junto á la salida secreta. Debe ser una espía de ese rey que ha jurado convertir á vuestra majestad en salchicha.

— ¡Cáscaras! — exclamó el rey —. A fe de Mondongo I, rey de los churriburrianos, prometo que de aquí no saldrá esta muchacha si no gana su libertad á peso de oro.

Y cogiendo de la mano á Mariquita, la llevó á una habitación llena de paja, y allí le dijo:



— ¿Ves esa paja?

— Sí, señor, la veo, — murmuró la joven, — y también veo que tiene usted una en el ojo.

— Ya, ya, — gruñó Mondongo I, — ya sé que es fácil ver la paja en el ojo ajeno; pero en esta ocasión te equivocas, es una nube que me ha salido ahí a consecuencia de un susto,

— ¡Una nube! — exclamó Mariquita, — eso es un nubarrón deshecho.

— Bueno, bueno, — dijo Mondongo poniéndose de lado la corona — lo que tienes que hacer, si quieres escapar viva de mi palacio, es hilar toda esa paja hasta hacer una cuerda de siete mil varas de larga, de modo que se pueda echar un lazo desde aquí al rey de los pamplineros, mi enemigo, en cuanto asome la cabeza por cualquier ventana de su castillo.

» Y cuenta que, si en cuatro días no has concluido la tarea, te espera una mano de azotes de los de barba de pavo. »

Y dicho esto, Mondongo I salió de la habitación con mucha dignidad y oscilando el vientre con aire complacido, sin cuidarse

del desconsuelo de la pobre muchacha que lloraba a moco tendido.

— ¡Pobre de mí! — gemía la desdichada; — mejor estaba en el molino sin hacer nada que en este palacio en donde quieren azotarme. Y no cabe duda — repelía, — de esta hecha me van a poner como un tomate lo que yo me sé, porque pensar en que yo pueda hacer esa sogá, es pensar en lo imposible.

En esto brotó del suelo un enanillo más feo que Picio, con las piernas torcidas y en ellas unos bultos como nueces, porque sin duda guardaba en las medias la merienda; en cuanto a su rostro, era encantador; las orejas parecían sopillos, y de los ojos llorábase el uno aceite y el otro vinagre; unas vinajeras completas; y por si le faltase algo para ser hermoso, tenía en el lado derecho de la frente, una herruga de la que brotaban cuatro pelos únicos que cubrían su cabeza, calva como un melón y protegida contra el calor por un gorro de dormir.

Mariquita Pringue dió un salto de costado, que es como se salta cuando se recibe una sorpresa desagradable, pero el enano tranquilizó a la muchacha con una sonrisa de aquella su bocaza enorme que le iba de oreja á oreja, y en la cual la dentadura brillaba por su ausencia.

No te asustes, linda moza — dijo el enano dando dos zapatetas en el aire —. Vengo á sacarte del aprieto en que te pone el rey Mondongo. Yo haré la sogá, pero á condición de que me des uno de tus hermosos dientes.

— ¿Y me dolerá mucho la operación? — preguntó Mariquita.

— Nada absolutamente, — porque aquí donde me ves soy capaz de sacar dientes hasta de la boca de un pozo.

— ¡Sacar es! — dijo la muchacha tranquilizada. — Bueno, consentí en darte el diente con tal que me hagas la sogá.

El enano se puso al trabajo con verdadera furia y en una tarde hizo una sogá de tantas leguas como el rey había pedido. Terminado su trabajo, arrancó un diente á la muchacha, y dando una patada en el suelo desapareció.

A la mañana siguiente vino Mondongo I á visitar á la chica, y viendo aquella sogá tan



¿Por qué traeis presa á esa muchacha?



larga ya concluida, quiso experimentar su resistencia, á cuyo efecto mandó que colgasen de ella á su ministro de Hacienda, que era el hombre más pesado de su reino. Le descolgaron por una ventana sin hacer caso de sus lamentos y le dejaron caer lentamente hasta el suelo, en donde pobre hombre cobró aliento por no poder cobrar otra cosa, pues había olvidado los recibos de la contribución en la hopalanda de diario, que era la de los embargos.

— Sobrado buena es la sogá, — exclamó contrariado el rey al ver llegar al suelo sin accidente á su ministro.

Volvióse hacia Mariquita y al verla mellada dióle dos corcovos el corazón.

— ¡Hija mía! — exclamó en el colmo del arro-bamiento. Vas á ser mi esposa, porque dice la tradición que aquel rey de nuestra dinastía que tome por esposa una joven mellada, será el monarca más poderoso de la tierra.

Bajó los ojos pudorosamente la doncella, y pidió permiso á sus padres para la boda, mediante un mensaje que llevó el enano.

Otorgado el permiso, se celebró la boda con extraordinaria pompa. El buen Mondongo I se puso la ropita de los días de fiesta y una corona nueva recién bruñida con pasta de limpiar metales, que también sirvió para asear el cetro, en forma de manecilla, que en los días ordinarios servía para rascar las regias espaldas.

Un avispaado pajecillo iba delante llevando en un cojín la corona de la nueva reina, y ésta, vestida con un soberbio traje de seda provisto de una cola de diez

metros, marchaba del brazo de su esposo con los ojos bajos y la color quebrada, pisando lindos tapices cubiertos de pétalos de rosa.

Feliz podía creerse Mariquita, cuando estalló la guerra entre su esposo y Carnazas, tercero de su nombre, en el reino de de los Pamplinceros. Fué la causa del conflicto que todos los días tenía que esconderse el pobre señor por miedo al lazo que le tiraban desde el castillo de Mondongo I con la sogá que el enano fabricara. Al principio creyó que se trataba de una broma de mal género, hasta que un día, aciago para él, cayó el lazo alrededor de su cuello, la sogá empezó á tirar, y ya estaba con media lengua fuera y medio cuerpo en el aire, cuando un soldado cortó de un hachazo la terrible cuerda. No tardó en enterarse Carnazas de que aquella estratagema era obra de Mondongo I, lo cual irritó de veras á Carnazas que había perdido una oreja en aquella intentona y no hubo medio de encontrarla.

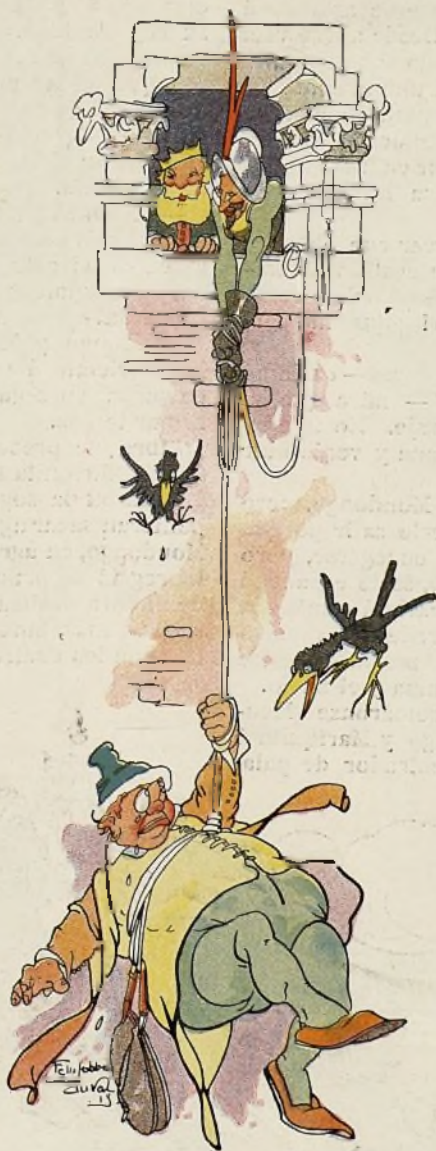
Todo el ejército pamplinesco se puso en armas y el rey en persona mandaba la caballería, que era un burro con un baúl.

Al enterarse Mondongo de la aproximación del enemigo, quedó aterrado porque sólo contaba con calorce soldados y el cocinero, y su adversario tenía veintidós. El resultado del combate no era dudoso.

En aquella tribulación apareciósele á la reina el enanillo, el cual le dijo:

— Puedo salvar tu reino, si me das tres dientes.

— ¿Cómo? — exclamó Mariquita Pringue I. — ¿Me voy á quedar sin dentadura?



Mandó que colgasen de ella á su ministro de Hacienda...



— Más te valdrá que no quedarte sin tener en qué hincar el diente. Porque si tu marido queda cesante ¿qué va á ser de ti?

Dejóse arrancar tres dientes Mariquita y el enano la invitó á que se asomase á una ventana del palacio. Desde allí se veía avanzar al ejército enemigo con la propia solemnidad que si fuera á una revista. Iba el rey detrás de todos, para en el caso probable de que algún esclacazo se perdiera, recibirlo dignamente en las espaldas de sus soldados. Otra cosa hubiera sido denigrante para él.

Mondongo I mandó cerrar con llaves y cerrojos las puertas de su castillo, y temblando de miedo se metió debajo de la cama gritando: « — ¡Socorro! ¡que me matan! ».

— Sal de debajo de esa cama — exclamó Mariquita compadecida, — mira que te vas á poner perdido el traje. No tengas miedo, asómate á la ventana y verás huir á tus enemigos.

Dejóse al fin convencer Mondongo, pero no fué cosa fácil el hacerle salir porque el miedo le había hecho encogerse, pero al tranquilizarse un poco, se le ensanchó el vientre y hubo que sacarlo á puntapiés del reducido espacio que mediaba entre la cama y el suelo.

Asomáronse Mondongo y Mariquita á un mirador de pala-

cio y vieron que el enano se acercaba al rey de los pamplineros, y aplicando un soberbio esclacazo al burro en que Carnazas cabalgaba, hizole volver grupas, con lo que toda la tropa enemiga empezó á gritar ¡traición! viendo á su rey en fuga. Corrieron tras él todos como alma que lleva el diablo y no tuvieron que andar mucho, pues el asno dió, no se sabe por qué, dos ó tres corcevos y el infeliz Carnazas rodó por el suelo clavándose en el vientre uno de los florones de la corona.

— ¡No más guerra! — gritaba —. ¡Perdono á mis enemigos! ¡Paz, mucha paz y muchísimas cataplasmas! ¡Tengo tronzadas las espaldas y me echa lumbre la rabadilla!

Mondongo y Mariquita reían á carcajadas viendo á su enemigo por tierra y enviaron en seguida un mensajero para firmar la paz.

Libre de preocupaciones, fueron muy felices Mariquita Pringue y su esposo, que guardaron la sogá para que sus súbditos pudieran sacar agua del pozo de palacio. Mondongo, en agradecimiento á su esposa, le regaló el primer día de su santo una dentadura postiza. Del enano no volvió á saberse más, sino que comía á dos carrillos con los cuatro dientes de Mariquita.

CAPERUCITA



Y aplicando un soberbio esclacazo al burro que montaba Carnazas...



## ANTICIPACIONES



*Con el tiempo  
se hablará y se verá  
al propio tiempo. La ciencia  
nos reserva grandes sorpresas.*

## EL TELEÓPTICO

**De cómo se podrá ver á distancia  
por medio de la corriente eléctrica.**

**M**UCHO se han devanado los sesos inventores y sabios buscando solución al problema de transmitir las imágenes por medio de las corrientes eléctricas.

En fuerza de trabajo se ha llegado á la maravilla de reproducir una fotografía á muchos kilómetros de distancia. El fenómeno, aunque sorprendente, no es nuevo. Se trata de un perfeccionamiento del *pantelégrafo* de Casselli, aparato que en 1863 permitía transmitir de Amiens á París el texto autógráfo de un despacho ó la reproducción exacta de un dibujo.

Hoy, algunos periódicos reciben por alambre telegráfico ó por cable la reproducción de una fotografía, con su claro-oscuro correspondiente.

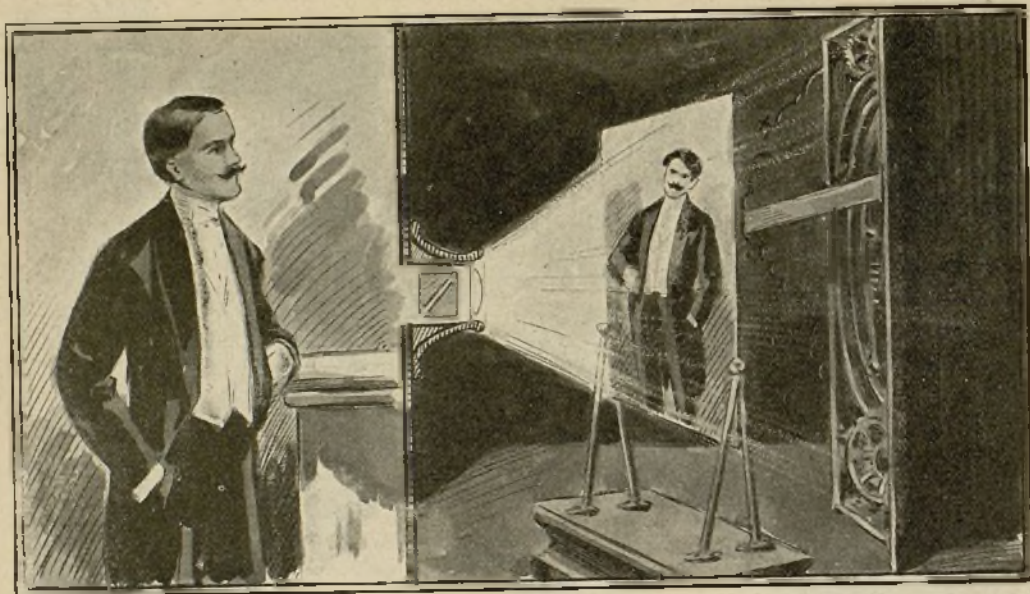
Pero no se trata de eso. Lo que se quiere es ver sin el intermedio de la fotografía, que sólo fija un momento de la existencia.

¿Es esto imposible? De ninguna manera.

Hay un metal, el selenio, que posee la maravillosa propiedad de hacerse buen conductor del fluido eléctrico, cuando se le coloca á la luz, y de ser mal conductor cuando está en la obscuridad. Esta cualidad tan preciosa como inexplicada, permitirá ciertamente llegar á la solución del problema que nos ocupa. Veamos una solución probable.

Supongamos una pequeña habitación en uno de cuyos tabiques se coloca un objetivo poderoso, provisto, si se quiere, de un doble prisma de espato de Islandia con el objeto de obtener una reflexión total y una imagen no invertida. Iluminemos fuertemente la habitacioncita en cuestión, y coloquemos en ella el objeto cuya imagen queremos transmitir. La imagen proyectada se dibuja en una pantalla de vidrio esmerilado, reducida á un tamaño tan pequeño como nos plazca.





Aparato transmisor de la imagen. El extremo del lápiz de selenio recorre la placa de cristal deslustrado. El aparato receptor es análogo á este, salvo que el lápiz de selenio es reemplazado por una lamparita eléctrica.

Si un lápiz de selenio recorre la superficie de la pantalla, se hará conductor de la electricidad cuando encuentre un claro y mal conductor cuando llegue á una zona oscura.

Ya tenemos el transmisor. Veamos ahora cómo puede formarse un receptor apropiado.

En el extremo del lápiz de selenio hay un conductor eléctrico, interrumpido solamente por la pequeña masa del curioso metal. Este conductor va á parar á una lamparita eléctrica, que se enciende ó se apaga según las alternativas del paso de la corriente. Una pantalla de cristal deslustrado recibe la luz proyectada por la lamparita.

Explicados ya el receptor y el transmisor, veamos cómo funcionan: el objeto cuya imagen vamos á transmitir, se coloca en la cámara fuertemente iluminada y su imagen se proyecta sobre la pantalla de dimensiones pequeñísimas. El lápiz de selenio la recorre con gran celeridad, mientras la lámpara efectúa idéntico movimiento en la estación receptora. Á cada zona clara por donde pasa, deja el selenio pasar la corriente y entonces se enciende la lámpara de la estación receptora, y á cada sombra la luz se extingue por falta

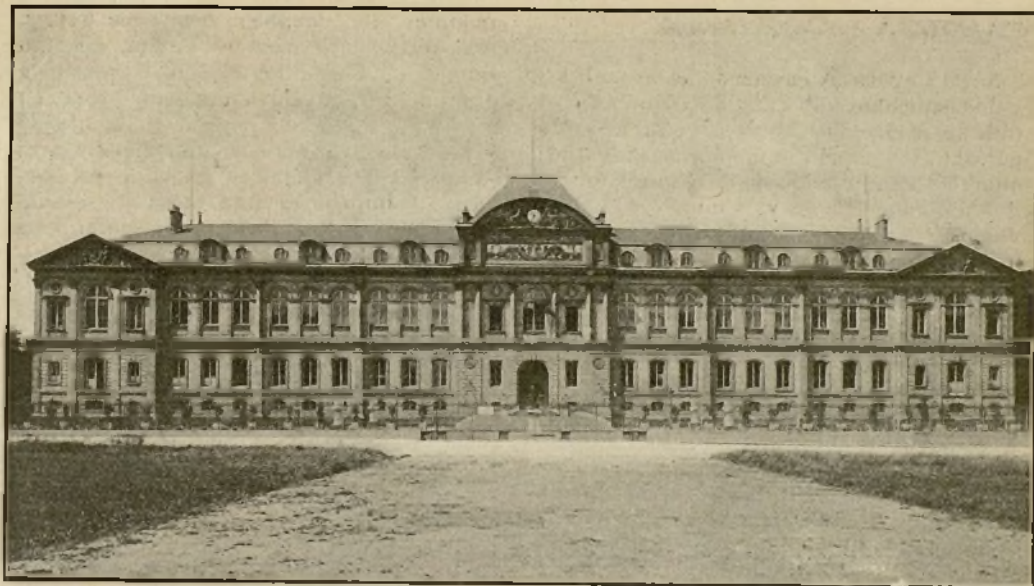
de corriente, dada la resistencia que el selenio opone.

Tendremos, pues, en la pantalla de la estación receptora una imagen en claro obscuro del objeto colocado en la cámara iluminada, á condición de que el recorrido total del lápiz de selenio se verifique en una décima de segundo.

La razón de esto es la persistencia de la imagen en la retina, pues es preciso que la totalidad de los puntos luminosos y oscuros pase ante nuestros ojos en ese plazo rapidísimo, para que haya continuidad en la imagen. Lo mismo ocurre con las proyecciones cinematográficas, esto es, que cuando una imagen reemplaza á otra, aún no se ha borrado de nuestros ojos la primera, y nos parece por eso que es la misma.

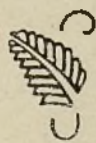
¿Será posible fabricar un aparato de esa clase? Así lo creo. Por lo menos *teóricamente* no ofrece duda alguna. La experiencia vendrá luego á decir cuál es la disposición que conviene dar á cada uno de los elementos que han de resolver el problema. Cuando este se resuelva, causará maravilla poder ver á la persona con quien se habla por teléfono, sin más que instalar á ésta en la cámara destinada á la transmisión de imágenes. HERMES.



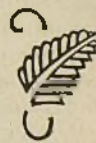


FACHADA DE SEVRES

*Este edificio de líneas severas y de una excesiva sencillez, encierra los productos de la industria más cortesana y menos rígida. Es la Manufactura de Sevres. Fue inaugurada por Mac-Mahon en 1876.*



# LOS SECRETOS DE SEVRES



## LA BIENVENIDA



SE gran artista que se llama *el natural*, quiso ofrecernos una delicada composición alegórica. Al cabo de una hora de autobus y tranvía combinados, bajo el sol, y soportando el polvo que se filtraba por las cortinillas, una colina llena de árboles apareció al fondo, como dispuesta á impedirnos el paso. Nunca más agradable el tropiezo con un obstáculo. Allí estaba Sevres.

Descendimos y echamos á andar por una carretera calcinada, al filo de unas tapias. Nuestra imaginación, en la seguridad de ver satisfecho su afán, esforzabase por

acomodarse á la inmediata fiesta de los *bibelots* venerables. Ya sonreían en el aire las tres danzarinas de porcelana, que vimos en lejano día, sobre una consola, en el estrado familiar. Las armoniosas figurillas iban á servirnos de genio que nos guiase en el laberinto. De pronto, alzamos la vista del polvo, y algo de una extraordinaria opulencia hirió nuestros ojos, encogidos ante la llamarada matinal. En la puerta de la manufactura hallábase una carreta, una de esas carretas de Francia, tan pintorescas con sus cuatro ruedas menudas; y de sus adrales desbordábanse en cascadas pomposas los claveles, rosas, azucenas, el follaje esmeraldino... Era un carro de un jardinero de Versailles que descansaba un momento. Pero ¿cabe una muestra más apropiada para la fábrica de Sevres, que este primavera esplendor, ofrenda del camino á la casa, escudo de la casa al borde del camino?

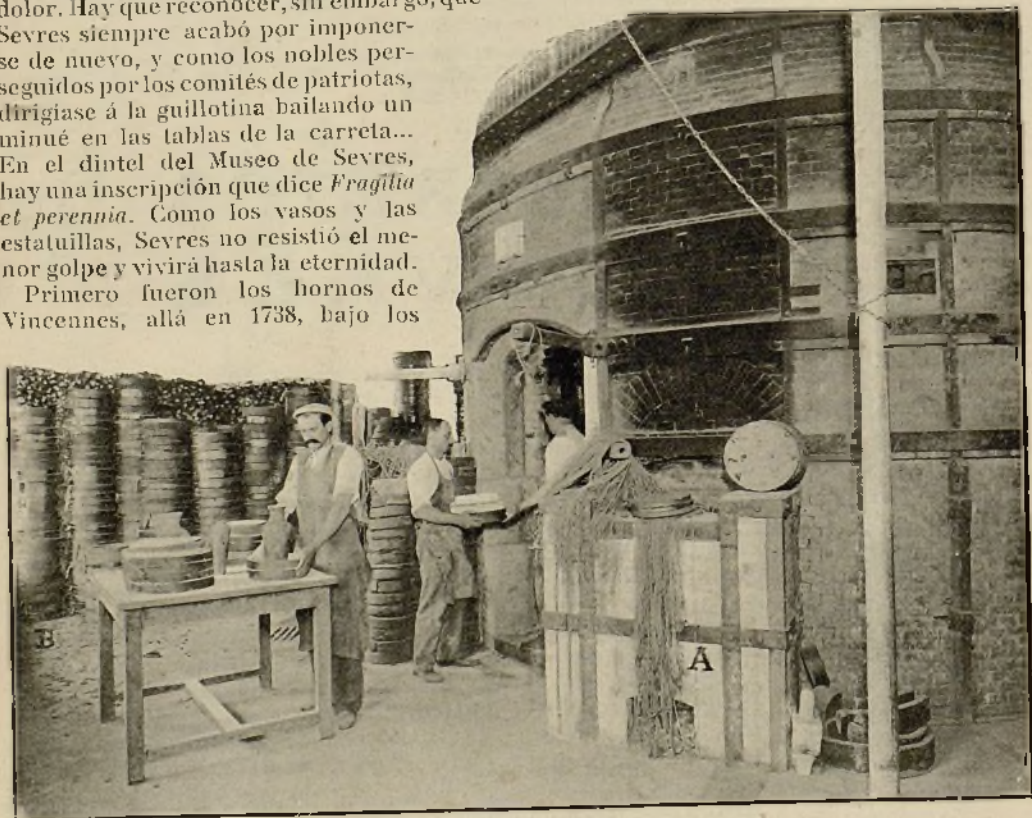


## FRAGILIA ET PERENNIA

Sevres evoca las casacas, los espadines y los caprichos de Luis XV. Cuentan al oído los cacharros ilustres de Sevres, que guardan un murmullo como las caracolas, amables intimidades de la Pompadour y de Madama Dubarry. Como el llamado viejo de Theos no conservó en su obra poética sino los instantes placenteros de su vida, así Sevres recuerda el sol cortesano del siglo XVIII, y al Rey Sol. Sulrió la Manufactura hambres, miserias, persecuciones, y fué muchas veces profanada. En tiempos de la Revolución hubo que destrozar cuantos bustos y objetos reales se conservaban en Sevres. Otra avalancha devastadora fué la de los químicos, beneficiosa en parte, mas que destruyó el encanto casi infantil de la artística producción. Y no añadimos otros ataques que se hicieron al templo de la cerámica, por no añadir dolor. Hay que reconocer, sin embargo, que Sevres siempre acabó por imponerse de nuevo, y como los nobles perseguidos por los comités de patriotas, dirigiase á la guillotina bailando un minué en las tablas de la carreta... En el dintel del Museo de Sevres, hay una inscripción que dice *Fragilia et perennia*. Como los vasos y las estatuillas, Sevres no resistió el menor golpe y vivirá hasta la eternidad.

Primero fueron los hornos de Vincennes, allá en 1738, bajo los

auspicios del caballero Dory de Fulvy. Y la Compañía Charles Adam, con su privilegio. Y después el Rey adquiere la Manufactura. Y eleva un gran taller en Sevres. Y luego se apodera el Estado de Sevres. En 1782, las revueltas populares hallan su eco en las bóvedas de los hornos. Se improvisa una mesa de ciudadanos, entre los obreros de antaño, y comienzan las represalias, dirigidas realmente contra el abolengo aristocrático de la manufactura. La ruina en un largo período. Sólo con pan, en su forma concreta de bollos, paga la Revolución á sus artífices ceramistas. Pasa Napoleón. La manufactura dedícase á ensalzar las glorias del soldado, y construye objetos de un notorio mal gusto, hasta muebles, en verdad producto ilegítimo de la cerámica, que deslumbren la retina del Emperador, acostumbrada á las vistosas refulgencias del botín. La paz. La admi-



LOS HORNOS DE SEVRES

El objetivo ha sorprendido este instante en que se prepara una hornada. Los tambores que pasan de un obrero á otro guardan las últimas obras, todavía húmedas y blandas. Al cabo de los días surgirán ya definitivamente terminadas. Si se golpean entonces con el dedo los frágiles objetos, suenan como un diapasón.



nistración. Vuelven los artistas. El edificio nuevo, el actual, inaugurado por MacMahon en 1876. Y he aquí nuestro Sevres, todo reposado y laborioso á un tiempo, en sus numerosísimas cuadras, rodeadas de jardines, adormecidas bajo el sol, con un leve estremecimiento de su maqui-

TALLER DEL  
« COULAGE »

*Este procedimiento del vaciado es reciente, y se emplea solo para los objetos de tamaño grande. En la fotografía puede verse un jarrón fabricado por el «coulage».*



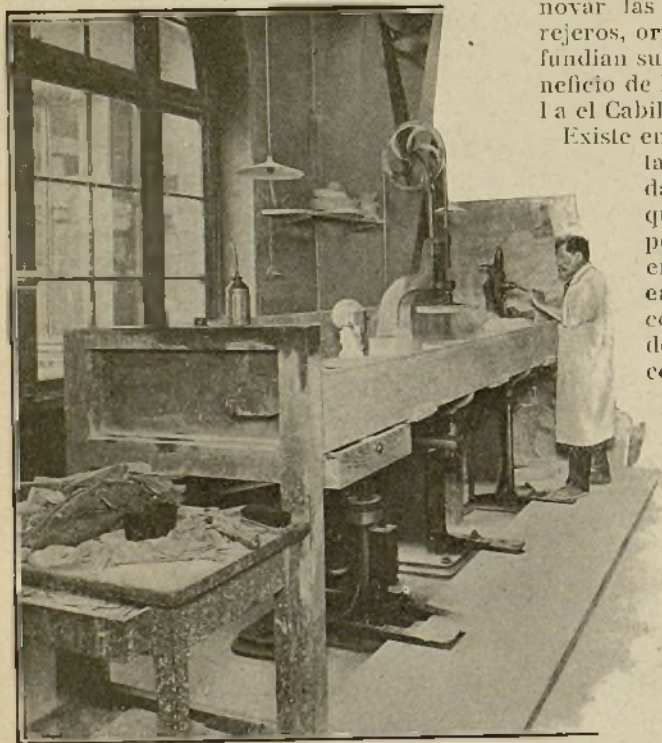
MONTAIE DE LAS  
PIEZAS

*Ya casi no se usan los pies de bronce. En otro tiempo estuvo muy de moda guarnecer los vasos con metales. En la fotografía aparece un obrero que afirma un mango bronceo en un gran jarrón cristalizado.*

naria que rueda, algo así como el runruneo de los gatos que se abandonan á su confiada volupluidad. Ni los penachos de humo, ni las canciones, ni el caserio alegre que recordamos



haber visto en las manufacturas italianas y españolas. Tiene la francesa un aspecto casi adusto de fábrica ó colegio. En Italia y España es el arte explosivo, cálido, ruidoso en la algarabía de sus colores — platos de las hostelerías napolitanas, búcaros árabes, valencianos —, y es el obrero desmelenado, despechugado y que cabalga en su instinto. Sevres dice la reflexiva delicadeza de la porcelana y el ritmo, y es el obrero estudioso que pone la blusa del operador encima de su



FABRICACIÓN DE PLATOS

*Es el trabajo menos artístico de la Manufactura, aunque no el menos escrupuloso. Las sutiles esculturas rodean a los platos, como en las mesas aristocráticas se dicen ingeniosidades alrededor de los manjares.*

chaqué, y piensa que un público de testas coronadas y magnates aguarda el primor de su obra. Una visita á Sevres tiene cierto carácter diplomático. Vamos á procurar sorprender los secretos de Sevres.

## LA FÁBRICA

Ocupa la Manufactura un área de cuarenta y dos mil metros. La gobierna un administrador, y rigen su marcha pro-

ductiva un director artístico y otro técnico. Actualmente laboran en Sevres ciento noventa y seis obreros. Reciben entre todos la suma de cuatrocientos noventa y tres mil francos anuales. Gasta Sevres por material ciento cuarenta y un mil francos. En cuanto al producto de las ventas, percíbelo el Estado, sea poco ó mucho. Se comprenderá la dificultad de servir una diversa demanda cada año, con un invariable presupuesto. Es la tradición. Nunca Sevres vivió en la holgura deseada. El amor á su arte le llevó de continuo á renovar las hazañas de aquellos artifices, rejeros, orfebres, de la vieja Castilla, que fundían sus monedas y sus joyeles en beneficio de la verja que luego no les pagaba el Cabildo...

Existe en Sevres una escuela de ceramistas, para los aprendices. En realidad, todo Sevres es academia, porque no descansa en la busca de la perfección. En lugar de detenerse en la maestría lograda, empuñase en conseguir nuevas victorias. Y con un espíritu generoso y digno de las mayores loas, facilita á los ceramistas particulares los conocimientos adquiridos. No así en tiempos de Charles Adam, en que se prohibía á los hornos de los industriales cocer el mismo género que Vincennes. La más espontánea cordialidad reina en Sevres. Los secretos á sorprender no son suyos, sino el que para nosotros, entregados á otras ocupaciones, representaba la gloriosa Manufactura de los alrededores de París.

## LA FABRICACIÓN

Antes de nada, como es lógico, en el proceso de la fabricación, hay que preparar las pastas. Sevres ha aumentado su campo de acción, pues en la actualidad lanza obras en greda. La porcelana se compone del kaolín, que trae la virtud de su plasticidad; el feldespato, con su semitransparencia, y el cuarzo con su dureza.

El kaolín se depura en una cuba con paletas, y luego se somete al refinamiento haciéndolo saltar de uno á otro tamíz, y al último desaparece el agua por decan-





TALLER DE TORNEADO

*El artifice sigue con la sensible junta de sus dedos y con vista, el rápido girar de la pasta que adquiere la forma armónica bajo la presión del torno.*

tación. La masa acaba de secarse en unas grandes salas mantenidas á una temperatura alta. El feldespato y el cuarzo, sufren primero la acción del fuego. En seguida se trituran los bloques en un molino y se reducen á polvo. La postrer maniobra consiste en depositar la pasta en unos tubos con agua, y en hacer girar esos tubos. El final es expulsar el agua. Y ya se consiguió el resultado apetecido.

Claro está que los tres elementos se mezclan en distintas proporciones, según la densidad que se quiera obtener. El

montón de tierras se mezcla con el peso de los rodillos.

En cuanto á la greda, pasa por las mismas operaciones, sólo que las materias son arena y arcillas.

Y ya puede principiar la creación de las piezas. Se usa el torno, en dos momentos. Primeramente se da al objeto la forma aproximada. Después se consigue la definitiva. Aún se afina más, así que se secó el objeto en preparación, con las raspaduras de metal. Otra vez se deja secar, y ya está dispuesto el vaso ó la escudilla para el fuego. Dicho método nada más es aplicable á los objetos redondos.

Doblemente delicado es el moldeado. Se requiere que los obreros tengan sensibilidad de artistas. La obra se hace así: señálanse en un modelo las diferentes ensambladuras, y se copian aplicando con escrúpulo la pasta encima del molde. Producen dichos artifices unos dos mil *biscuits* por año, que valen doscientos cincuenta mil francos.

En algunas piezas, como los platos, se combinan los dos procedimientos.

Los grandes objetos fabricanse por un nuevo modo, que se apoya en la propiedad de la escayola de absorber el agua contenida en una pasta con la cual tenga contacto. Hay un taller dedicado exclusivamente á este propósito, y la maquinaria se compone de unas cubas, puestas en alto, y

que llena la masa semilíquida; unas campanas soterradas y unas bombas que hacen el vacío.

Salidas las piezas del torneado, moldeado, y del vaciado, pasan á la decoración, que puede ser escultórica, pictórica, á gran fuego, á fuego menos vivo, y por la impresión en oro y colores. Antes se les da el esmalte, por los tres procedimientos de la inmersión en una cuba con el barniz empleado en cerámica, por la insuflación ó simplemente al pincel.

Los objetos decorados á gran fuego, el



mayor éxito actual de la Manufactura, van adquiriendo el color al mismo tiempo que va consiguiéndose la porcelana. Los óxidos metálicos que se emplean producen azules, negros y verdes.

El pequeño fuego, con su gran paleta, llámase á la mufla, por el menudo hornillo que se emplea, y se usa para las piezas ya cocidas, y á una temperatura inferior á mil grados.

Menos artística es la impresión con oro y colores. Una plancha de acero graba, con la ayuda de una prensa, su motivo decorativo en un papel finísimo, y en vez de tinta se emplean el oro y humo de imprenta. Luego se pasa á las piezas. Este trabajo está confiado á las mujeres, que llevaron á la Manufactura la delicadeza de sus manos sutiles.

Pero lo verdaderamente solemne de Sevres son sus siete hornos, cada uno de treinta metros cúbicos, contruídos con ladrillos refractarios y alimentados sólo con leña, preferible al carbón, lujo exclusivo de la Manufactura francesa. Hay una serie de tambores en los que se acomodan los objetos, y péganse las juntas para evitar las manchas del humo. Desde fuera se calcula la temperatura por el pirómetro Fery. Cada cocción suele durar dos días.

Lo único que sobrepasa en patriarcalis-

mo, á los hornos, es el comité de los tres directores reunidos ante los objetos terminados, y que discute sus bellezas y sus defectos. A veces congégase la asamblea de los principales obreros, para aprender, alrededor de una pieza excepcional. Esto habla de aquellas reuniones que tenían los maestros cantores immortalizados en su gran poeta Han Sachs...

## MUSEO

Hemos dado una rápida ojeada á la Manufactura de Sevres. No es tan fácil abandonar el encanto de sus jardines floridos, y el de su Museo repleto de joyas, debidas á la cerámica universal y de todos los tiempos. En cuanto á la historia técnica y artística, merece un libro. Ha reflejado la vida de Francia, hasta en sus menores detalles. En los días de Luis XV, se marcaban las piezas con la doble *L* entrelazada. Luego vino el cambio con la República, y se señalaron con las dos iniciales *R. F.* Gracias á la barbarie de los revolucionarios, casi no existen modelos exquisitos de los que ennoblecía la doble *L*. Aquellos que no se destruyeron con el *sabotage* brutal, á que aludimos arriba, llevaronlos las principales familias al destierro...



TALLER DE RETOCAR

*Se confía á la ligereza de las manos femeniles está operación, que pudieramos decir se reduce á quitar molas de la porcelana.*





## :: La "Gran semana" :: :: de París :: ::

Cada año despide París con las fiestas de la «Gran semana» á los parisienses que se disponen á veranear en sus *chateaux* y en las playas de moda.

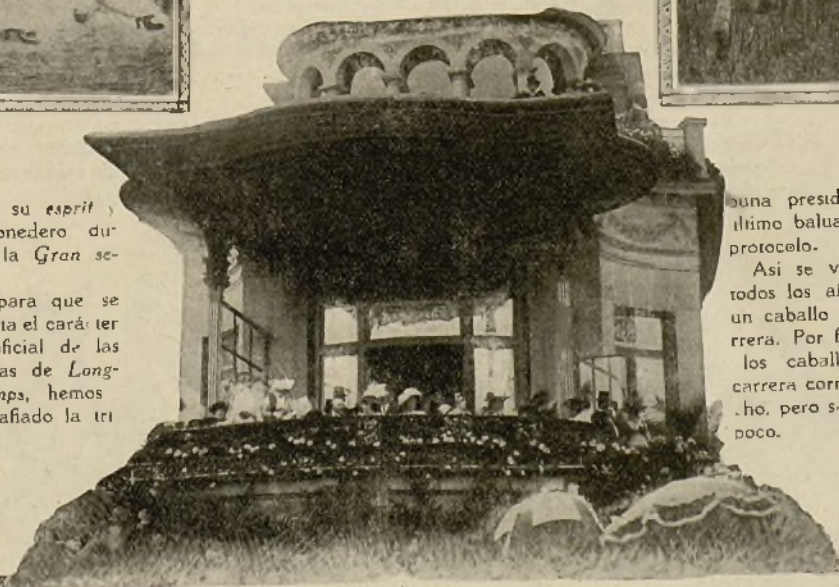
Ofrecemos á nuestros lectores el espectáculo de la multitud en Auteuil, la tarde del domingo. Esta multitud elegante, que no se parece á una multitud...

Las dos damas con su *toilette* novísima, y el caballo *Dagor*, el victorioso, son los platillos de una balanza en que el parisiense de-



posita su *esprit* y su monedero durante la *Gran semana*.

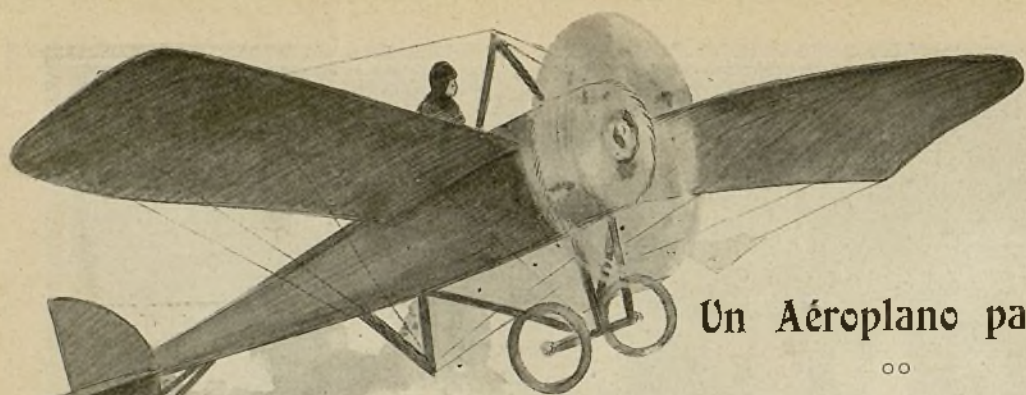
Y para que se advierta el carácter casi oficial de las carreras de Longchamps, hemos fotografiado la tri-



una presidencial, último baluarte del protocolo.

Así se va París todos los años, en un caballo de carrera. Por fortuna, los caballos de carrera corren mucho, pero se alejan poco.





## Un Aéroplano pasa...

oo

En la diáfana claridad de la mañana cristalina, un aeroplano cruza el cielo azul, dorándose todo con los rayos solares. Llega a la tierra el rumor no interrumpido de la maravillosa máquina, y los hombres suspenden su tarea en los campos. La brisa estremece el espeso follaje primaveral. canta el agua, en el aire acercan sus guirnaldas los pájaros. Paz y una alegría ingenua en el mundo.

Y de pronto el caballuco que arrastra un carretón junta sus patas, aguza sus orejas, inicia un relincho de inquietud. Siente y no ha comprendido la marcha del aeroplano. Es preciso que la blanda palma del carretero acaricie sus lomos redondeados y pulidos.

Y el aeroplano pasa...

Y en una corraliza en que pululaban las gallinas, promueve el extraño ruido casi un motín. Cacarean entrecortadamente las medrosas aves, y corren despavoridas, y aletran, y sus plumas flotan como los vilanos. El gallo no acierta la postura que habrá de adoptar. Por último, lanza un reto con los clarines con que dispone la salida del sol. Las gallinas ya no cacarean; diríase que son viejas que rezan y encienden candelitas al oír el estallido de los truenos. Y el aeroplano pasa...

Los gansos graznan sin que esta vez salven el Capitolio. El aeroplano pasa. Deslizanse los conejillos y se detienen y toran a correr, con el rabo como una escarapela. En cambio, un gato que toma el sol en el alféizar de una ventana, lanza una mirada cínica al aparato volador. Quizás recuerda las maravillas del mundo antiguo, que amaba a sus antepasados, no se ignora, y desdén la celeste aparición. Y el aeroplano pasa por encima de la pequeña esfinge...

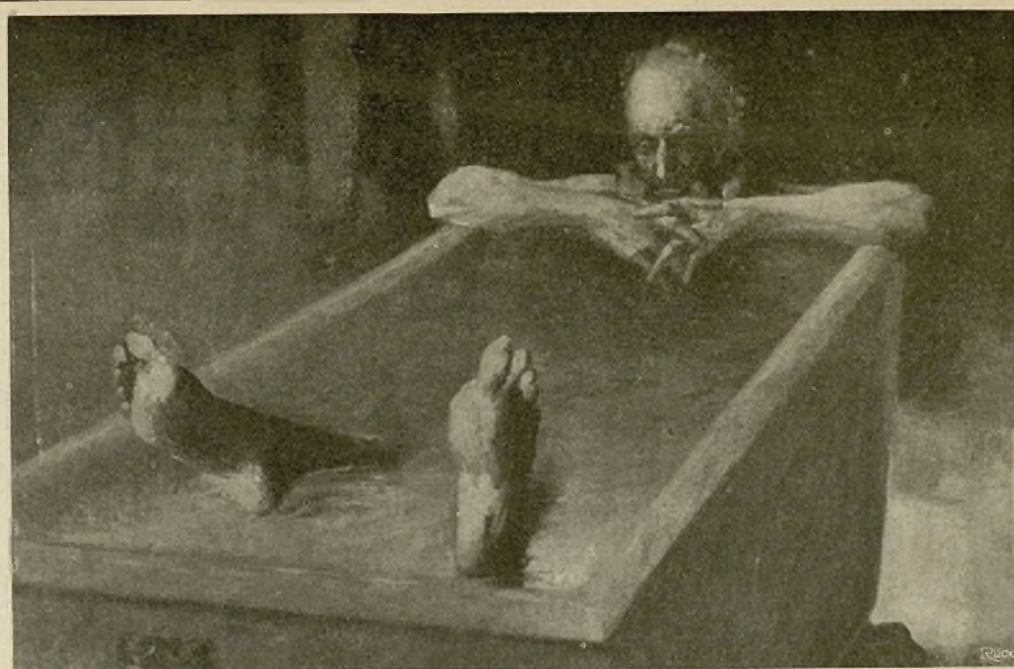
Los perros ladrarán al que suponen habitante de la Luna. Las bandas de palomos ofrecerán a la vista del aviador el espectáculo de un hormiguero que se mueve como un caprichoso oleaje. Un loro, tan humanizado que se posa en los árboles y vuelve a la jaula, se enhesó y al instante rodó al césped como herido de muerte. En su poca gruñe una cordera voluminosa, rodeada de su cría que se agarró a la panza inflada y maternal. Sobresalen del grupo las cabriolas que teje y desteje arrollándose, el rabo de la marrana inquieta. Y el aeroplano pasa...

Si en lugar de remontarse sobre la campiña doméstica, cigámoslo así, llena de bestezuelas sociables, el aeroplano cruzase la selva india ó el desierto alricano ó los mares de hielo con sus pingüinos y sus focas, ¿qué estremecimiento no sospechado experimentarían las alimañas más raras y las más terribles?

Pasa el aeroplano, pasa. Despierta en cada bestezuela un temor. Unicamente no se alteraron los solemnitas, cachazudos buyes detenidos en el surco. Sus amplias pupilas acuosas reflejaron, infinitamente empujados, el aeroplano que pasa. Con sus cuernos en forma de lira y la mole rubia de su cuerpo, semejan el monumento venerable de que habló el poeta. Y el aeroplano se va...







#### EL PRINCIPIO DE ARQUIMEDES

*Arquímedes fue uno de los más célebres sabios de la antigüedad. La leyenda cuenta que su descubrimiento inmortal, el de los pesos específicos, lo hizo al tomar su baño y observar que su cuerpo parecía disminuir de peso.*

## ✿ La imaginación, ✿ Antorcha de la Ciencia

Se paseaba un niño por un jardín y de pronto se afanó en hacer cataplasmas de tierra mojada y tela, parches que aplicaba luego a los árboles.

— ¿Qué es eso, diablillo? — le preguntó su madre, al sorprenderle en tan peregrina ocupación.

— Estoy curando los árboles enfermos — respondió gravemente el muchacho.

— ¡Qué imaginación! Ya tienes todo lo que se necesita para ser médico — añadió la dama, entre blandas caricias al galeno futuro.

Aunque a primera vista pueda parecer lo contrario, esta dama tenía razón. Para ser un gran médico, y, en general, para llegar a sabio, se necesita, junto con otros dones, el de poseer una imaginación viva.

Es corriente la creencia de que la imaginación pertenece sólo a los artistas, un poco locos y desvanecidos siempre en el ensueño. En cambio, los hombres científicos monopolizan la observación cachazuda y el razonamiento rígido y seguro.

¡Cómo se engaña la gente! Hasta los matemáticos son unos obstinados soñadores que colocan la vaguedad de la hipótesis al lado del cálculo riguroso; ¡la hipótesis, esa hija de la dichosa imaginación, tan desprestigiada en tierras del sentido común!

Y la prueba está en que las distracciones de los poetas, comparadas con las de los sabios, no son sino futesas. Por ejemplo, se cuenta de Ampère y de muchos equilibristas de a, una historia capaz de



encelar á los más afamados pensadores sonambulescos. Ampère confundió la charrolada trasera de un liacre con su encerrado, la llenó de números trazados con claridad, é improvisó sus series de ecuaciones. En esto rompe el coche á rodar, y allá va el sabio á la caza de sus  $x$  fugitivas.

Jamás ha ocurrido nada semejante á quien se encastilla en un discurso lógico. Una demostración puede interrumpirse y se vuelve á comenzar de nuevo. Sólo los

combinación de imágenes ó ideas ya conocidas. Esta segunda forma de imaginar es superior á la primera. Leemos, pongo por caso, el relato de una ceremonia, y al punto surge el espectáculo en toda su plenitud de detalles, aunque nunca hayamos asistido á fiestas parecidas á las que soñamos.

Tal suerte de imaginación remonta el vuelo y sirve al poeta para sus quimeras, y no es otra tampoco la que guía al arquitecto, al pintor, al escultor y al músico



LA MARMITA DE PAPIN

*La máquina de vapor, ese invento que ha revolucionado el mundo, debese á que Papin, observó un día que el agua hirviendo en una marmita levantaba la tapadera.*

sueños, la imaginación, se apoderan de sus elegidos y les dan otra vida y una distinta personalidad.

¿Qué es la imaginación? Los manuales de filosofía dicen que es la facultad de representar ó traer al espíritu las cosas lejanas. Hay dos clases de imaginación: una, la secundaria, es la representativa, y evoca las cosas reconocidas de antemano por nuestros sentidos. En el fondo, no se diferencia de la memoria.

La otra imaginación es creadora, la que posee la virtud de producir ideas nuevas, más ó menos originales, por medio de la

para conseguir enlaces hasta ese instante ignorados.

Pues bien, á despecho de la creencia popular, la imaginación ocupa un rango elevado en la escala científica. Sí, señor sabio, si usted es un sabio de primer orden, es decir, que no se contenta con estudiar lo que otros han inventado, sino que aporta su descubrimiento, una ley nueva, por matemática que sea; si usted ha sido tan dichoso que pudo llegar á la cumbre, sepa, y perdón si le ofendo, que usted no es más que un soñador, un imaginativo, algo así como un poeta...



## LAS DOS CLASES DE IMAGINACIÓN

Claro que la imaginación del sabio no es un desfile de imágenes plásticas, como la del artista. Puede desenvolverse en abstracciones, y al fin y al cabo lo mismo da. Esto sin contar que, para los matemáticos, las cifras generalmente tienen una especial personalidad. Si preguntáis á un matemático cómo ve el binomio de New-

que las construye con el pensamiento. Y M. Ribot, el psicólogo, no duda que los químicos fundadores de la teoría atómica han visto los átomos, y se han figurado su arquitectura en los cuerpos.

Siempre que la humanidad se proponga el descubrimiento de una nueva ley científica, de un nuevo procedimiento industrial, la interpretación de un hecho, de una serie de observaciones, ha de desempeñar necesariamente un papel la imaginación. Se puede afirmar, en un sentido



LA IMAGINACION ES SIEMPRE LIBRE

*Si la imaginación de los sabios tiene una sensibilidad extraordinaria, también á veces incurre en distracciones peregrinas. El gran físico Ampere tomó un día la capota de un coche por su encerado, y la llenó de ecuaciones con gran sorpresa de los transeúntes.*

ton, es casi seguro que os responderá que se le aparece definido con una forma peculiar.

Se comprende desde luego que existen tantas variaciones imaginativas como ciencias hay. No pueden ser iguales la imaginación de un biólogo y la de un geómetra ó un químico. ¿Cómo han de de ver con los mismos ojos, la inteligencia que combina números, que la que ordena figuras, ó gases, ó fuerzas, y la que escudriña el secreto de las funciones psicológicas, y la que estudia los astros?

El físico inglés Tyndall, al disertar sobre acústica, dice que sus ojos no pueden ver las dilataciones de las ondas sonoras, pero

lato, que los descubrimientos han sido presentidos, de alguna manera, por sus autores, y, con más frecuencia, por los precursores. Si el sabio se obstina en descontrañar un hecho, que no se había observado antes, se verá obligado á usar la hipótesis.

Por ejemplo, el sistema de Copérnico, que es el punto de partida de toda la astronomía actual, no es sino una grandiosa hipótesis, arrullada por la dilatada imaginación de un genio. No satisfecho con la explicación de Ptolomeo — la Tierra en el centro del Universo — buscó una explicación más sencilla del movimiento de los astros y llegó á construir



una teoría que produjo la hilaridad ó la indignación de los doctores. Sin embargo, con su intuición genial, había visto bien, y todas sus hipótesis confirmáronse ochenta años después, cuando el telescopio de Galileo fué utilizado por los astrónomos. Galileo había forjado en su cabeza todo el Universo. Y esto ¿no es imaginación?

Képler, al cabo de largas soñaciones, sabe que Tycho-Brahe ha observado una serie de posiciones de un planeta, todas comprendidas en una elipse, y discurre que acaso los planetas describen una órbita elíptica. Aceptado ya el supuesto, dedicóse á profundizar en el asunto, y descubre al fin la ley, importantísima en astronomía, de «la proporcionalidad de las áreas y de los tiempos» y «de los tiempos y las distancias». Estas dos leyes permitieron que Newton á su vez demostrase que la primitiva hipótesis de Képler, las órbitas elípticas, acordaba exactamente con las leyes de la mecánica, y que dedujese la maravillosa teoría de la atracción universal.

Huyghens, después de observar muchos y distintos aspectos de Saturno, intentó hallar una hipótesis que explicase el fenómeno. No sin numerosos tanteos, fijó la idea de que Saturno está rodeado de un anillo, circunstancia que justificaba las extrañas apariencias del planeta. Esta hipótesis fué confirmada luego por el telescopio. Huyghens había *imaginado* la realidad.

Y antes que Edison, el autor de *Coprecillo de sándalo*, perla del tesoro poético de Francia, el malogrado Carlos Cros, ¿no presintió el fonógrafo é indicó en líneas generales su disposición?

Newton vió caer una manzana de un árbol, y, al cabo de diecisiete años de meditación, descubrió la gravitación universal. Una lámpara se balancea bajo la cúpula de Pisa; por este fenómeno trivialísimo, presenciado antes por miles y miles de hombres, descubrió Galileo la verdad de una afirmación de Copérnico: la Tierra gira. ¿Qué imaginación no se necesita para elevarse desde un hecho insignificante á la grandeza de una ley universal!

Colón pensó que la Tierra es redonda. Y dedujo que, navegando siempre al Oeste, acabaría por tocar en las Indias sin escala en el Cabo de Buena Esperanza. Y hubiese logrado su propósito á no ser que se lo estorbó la aparición de América.

Papin vió que la tapadera de una marmita elevábase á intervalos con el solo esfuerzo del vapor.

Esto le inspira la idea de que el agua que hierve tiene una gran fuerza, y, sabido es, inventó un aparato que había de revolucionar el mundo.

Nunca ha sido inútil el desenfrenado imaginar de los utopistas.

Inventar no significa observar únicamente, sino razonar. Todos los inventos, es cierto, nacen de la necesidad de hallar la solución de alguna de las muchas dificultades que estorban nuestra existencia. Y consiguense imaginando, hallando analogías. Casi siempre un descubrimiento es comparable á una bella metáfora poética. Es la denuncia de semejanzas inadvertidas, la aproximación de ideas que se consideraban ajenas la una á la otra.

## LA IMAGINACIÓN SONDEA EL MISTERIO

La lógica y el raciocinio no son despreciables, ni mucho menos; todo lo contrario, guían, defienden. Pero no inventan nunca. Condillac ha escrito que el método es como las barandas de un puente: no sirven para que anden los pasajeros, mas evitan que estos caigan al agua.

El verdadero inventor es la imaginación. Una hipótesis es la base de la mayoría de los inventos científicos. Muchos no han sido en un largo periodo sino conjeturas.

Del mismo modo que Cros la intuición del fonógrafo, tuvo Bacon, hacia 1260, la de los caminos de hierro. Newton hubo de abandonar su teoría de la gravitación porque no armonizaban sus cálculos con sus observaciones. La resucitó más tarde, cuando se conoció la nueva medida del meridiano terrestre.

M. Ribot nos cuenta que Lavoisier, en sus páginas, no emplea casi más que frases ambiguas. *Supongo* que el aire atmosférico no es un cuerpo simple, y que debe de estar compuesto por dos substancias. Y añade: «Esto no es más que una conjetura que yo hago».

¿Existió un sabio más enamorado de la observación rigurosa que Pasteur, una de las más grandes figuras del siglo XIX? Con la ayuda del microscopio, ve en una gota de agua miles de seres pequesísimos que todos los doctores consideran producto de la generación espontánea. Pasteur piensa que todos los seres vivientes nacen



de un huevo ó una semilla. ¿Por qué han de hurlar la ley los pequesísimos habitantes de la gota de agua? Han de salir de huevos ó semillas. Inventa una hipótesis: los gérmenes se encontrarán en el aire. En efecto, hierve el agua y destruye los microscópicos organismos; cierra hermé-

tendidos por las arañas, y observados por Brown. Una salda puesta á secar en un brasero, y que al llenarse de aire caliente se eleva, inspiró la fabricación del primer montgolfier.

Las novelas de Wells, ¿qué son más que la obra de la imaginación científica?



GALILEO EN PISA

*Cuenta la leyenda que su descubrimiento sobre las leyes de la oscilación de los cuerpos, le fué sugerido por el balanceo de una lámpara en una iglesia de Pisa.*

licamente el vaso, y los microbios, que antes se producían en el agua esterilizada, ya no brotan de nuevo. La hipótesis está demostrada. He ahí otra conquista de la imaginación.

En el mismo terreno de la mecánica se repiten las maravillosas adivinaciones. Los puentes colgantes nacen de los hilos

Por tanto, la imaginación es igualmente necesaria al sabio, al industrial y al poeta. Para todos. Ese teatro de fantasmas que llevamos dentro, es nuestro educador, nuestra antorcha. Luego ya vendrá la acreditada señora Razón con sus observaciones. Pero no es ella quien inventa.

\*\*\*





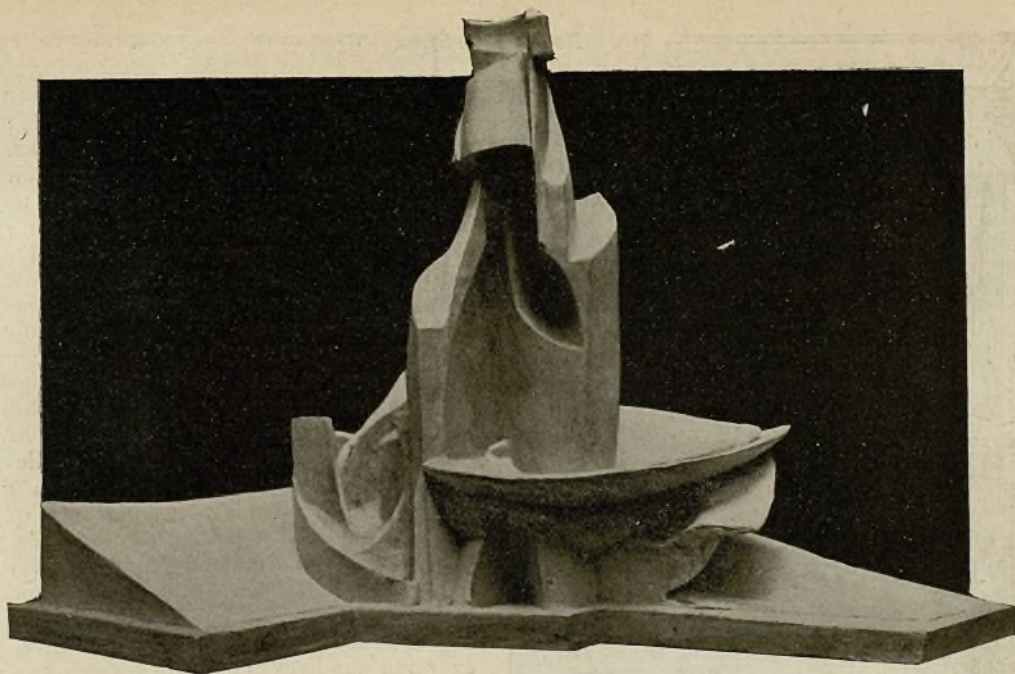
# EL 34 DE JULIO EN PARÍS



Ayer mismo ha dicho un ingenio francés que los parisien-  
ses se olvidaron de sus fiestas cívicas ocupados en danzar el tango, y que solo en provincias algún espíritu  
ingenioso conmemora el asalto de la Bastilla. Como se puede ver, la afirmación es  
exagerada. Reproducimos en esta plana el paso de los coraceros en la gran revista  
militar de Longchamps, un baile con fines caritativos, y la desbordante alegría callejera  
que dura todo el día y toda la noche. Realmente ¡qué lejos están los tiempos de la  
Bastilla! Se dice que en Francia todo acaba en canciones; la afirmación es incompleta:  
los franceses se pieren por el baile y sin él no hay verdadera fiesta. Después de la  
tradicional carga de caballería en la revista de Longchamps, el pueblo se lanza al  
asalto de los trenes y tranvías para divertirse en las afueras ó se agrupa en torno de  
tenderetes levantados en cada esquina y en los cuales unos cuantos músicos soplan  
que se las pelan para que baile el respetable público.







ESCULTURA FUTURISTA

*El autor, Boccioni, titula su obra: Desarrollo de una botella en el espacio por la forma. Conviene advertir que ya la botella está vacía...*

## Los Futuristas

### Conferencias contradictorias



**P**or qué llaman los futuristas « contradictorias » á sus *causeries*? Anuncian de esta manera un discurso: « Conferencia contradictoria del poeta Marinetti sobre la Imaginación sin hilos y las palabras en libertad. »

Lo de contradictorias puede referirse al desastroso resultado de la propaganda. Imaginaos que el otro día leyó Marinetti unos poemas trágicos inspirados en la guerra de los Balkanes. He aquí una frase :

*¡ Baum, boum... chas, pif !*

Este verso evoca el bombardeo de una ciudad turca, y es de un terrible vigor onomatopéyico, hay que decirlo, sino que en París rien de todo, y no dejaron de hacerse chistes á costa de los infelices turcos y del propio Marinetti.

En verdad, es divertido y curioso el es-

pectáculo. La proximidad de los Campos Eliseos envuelve en un tono señorial; la moderna ba-

rriada. En la puerta de la *Exposición* y *Sala de Conferencias*, os reciben unos criados de librea y unos gendarmes con su esclavina. Estos gendarmes van colándose en el local, á lo largo del corredor, conforme avanza la sesión. Suelen coincidir el último párrafo del orador, las primeras bofetadas y la postrera conquista de terreno realizada por los gendarmes.

El salón es amplio, alto de techo, con blanda moqueta, con damasco púrpuro en las paredes. Nada futurista. Las tulipas eléctricas alumbran desde una capota de



ASÍ TRABAJABAN ANTES  
LOS PINTORES.





«MUSCULOS EN VELOCIDAD.»

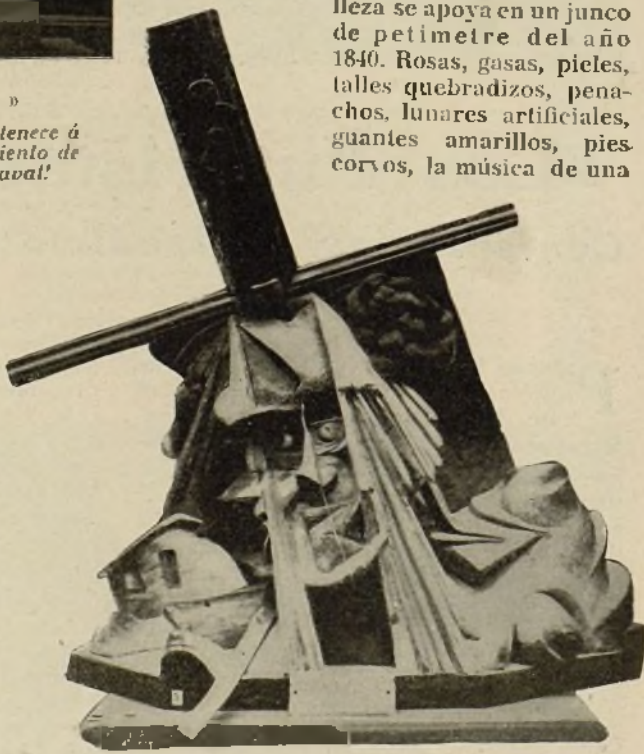
*También el titulo, como la obra, pertenece á Boccioni. ¡Es maravilloso el movimiento de estos músculos que agita un vendaval!*

zine suspendida en medio de la cámara. Hay unos bancos, unas sillas, unos laburetes. La multitud trenza y destrenza sus pintorescas figuras; pasó una mundana, desvanécese en el grupo de unos elegantes con frac, y dejó la estela de su manto níveo que cae de sus hombros color de rosa. La muchedumbre no huele á rebaño. Los melenudos que asistieron son de aquellos que ya se peinan las luengas cabelleras, de aquellos que ya han salido retratados en los periódicos alguna vez. Se encuentra allí también el snob, vestido como un figurín de Viena; no faltan los cincuentones condecorados con la cintila roja, que escuchan y sonríen. ¡Se oye el rumor de todos los idiomas del mundo. Un negro y un japonés, los dos exageradamente á la última moda, con su chaqué y su chistera pla-

na, contemplan una obra de Boccioni, escultor futurista, y son los únicos que no rien — ¡prestigio de París! — de ese trozo de yeso pegado á un aspa, guarnecida con una clavija de guitarra, y con una cabellera auténtica de mujer, como en los exvotos, y con un ojo de cera hurtado sin duda en un museo anatómico. Se titula esto, «Fusión de una cabeza y una ventana.»

Y las mujeres van y vuelven, como en los bosquecillos de los leatros veraniegos. Las literatas se encierran entre la magnificencia monumental de Madame Catulle Mendes y el encanto picaresco de la hija de Paul Forgue, diecisiete años, que lleva una blusa blanca con la polieromia de unos adornos búlgaros. Hay pintoras, que se conocen por su peinado en bandós y su mirada fija. Seducen las siluetas de jugadoras de tennis. Una pálida y espectral damisela, con su manto de seda negra, cruzó una pierna sobre la otra, y examina sus breves chapines, cuyo tacón embutió de minúsculas perlas. Otra belleza se apoya en un junco

de petimetre del año 1840. Rosas, gasas, pieles, talles quebradizos, penachos, lunares artificiales, guantes amarillos, pies corvos, la música de una



«FUSIÓN DE UNA CABEZA Y UNA VENTANA.»

*Obra simbólica. La ventana por donde asoman su cerebro en descomposición muchos reformadores del arte.*



charla de gorjeos, perfumes, esbeltez... Al lado, una representación del feminismo á la inglesa, es decir, mujer chata y de palo, fieltro y zapatos grandes, un paletó; como el negro de la Martinica y el japonés, atiende al discurso de Boccioni...

El encantador Boccioni, con su rostro de cómico y su gran sortija heráldica, ha dicho de pronto: « ¡Rodin, M. Rodin no existe...! » Una gran risa general hace que se interrumpan los paseos y las pláticas de los corros. Se levanta un estruendo horrible. En un claro, suena de nuevo la voz de Boccioni que repite varias veces estas palabras: « Los cubistas son unos imbéciles. » Los cubistas se arremolinan y en legión de seis intentan apedrear con sus cubos á Boc-

breros. Las mujeres luchan por encaramarse á las banquetas. De pronto, Brunelleschi, el célebre dibujante, consigue empinarse sobre sus amigos y saca una

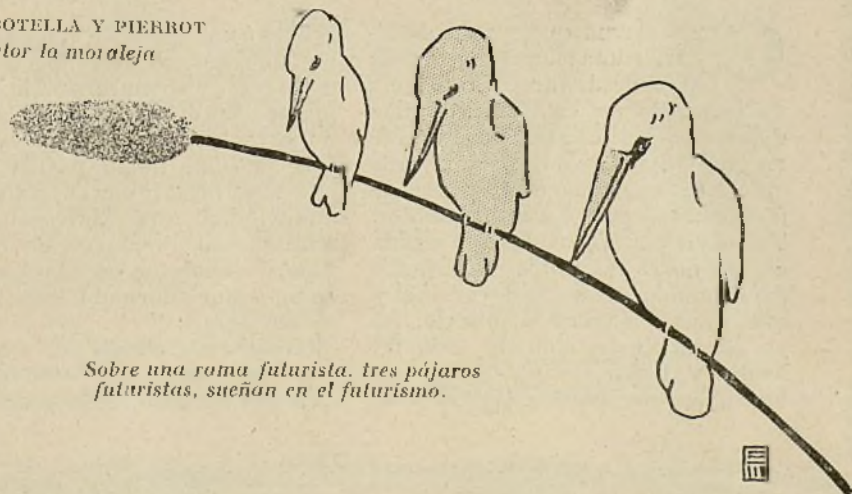


EL PÚBLICO SE DIVIERTE...



BOCCIONI, UNA BOTELLA Y PIERROT  
Adivine el lector la moraleja

cioni y Marinetti, juntos una tarima, con una silla en medio, que sostiene una copa de agua. Una cálida voz exclama allá al fondo: « ¡Povero ragazzo! » Muchos rien, suenan pitos y aplausos. Vuelan los som-



Sobre una roma futurista, tres pájaros futuristas, sueñan en el futurismo.





EL TAPIZ  
DE HOLANDA

*Todos los viajeros coinciden en calificar de encantadora la visión de los campos de tulipanes, á lo largo de los*



*canales. La policromía más opulenta alfombra el país de los molinos.*

**C**OMPRENDEIS que pueda arruinarse una familia por una flor? Desde luego, no se trata de satisfacer los caprichos de una dama que elige una flor para vencer en una puja de vanidades, porque en ese caso es la dama quien arruina á sus enamorados ó á sus parientes. Tampoco nos referimos á ninguna de las flores heráldicas que lucen determinados escudos de armas, y que causan á veces la miseria, no ya de un linaje, sino de todo un bando y hasta de un pueblo. El hecho, porque nuestra pregunta se

refiere á un hecho, de empobrecerse por una flor, se ha visto en varias ocasiones, y siempre por la misma planta. En el siglo pasado muchas importantes familias francesas fueron víctimas de la pasión de su jefe por la jardinería. Existió en una ciudad una cervecería cuyo rendimiento anual era importantísimo, la cual fué cedida á cambio de un tiesto adornado con la maravillosa flor.

Habia en Holanda un zapatero, llamado Graaf, que cultivaba un ejemplar rarísimo de la valiosa flor.





## CAMPO DE TULIPANES

*De la antigua y desaparecida manía por los tulipanes, considerados como si fuesen joyas, ha quedado la victoria segura de un cultivo que constituye un gran comercio de exportación.*

Era vecino del maestro de obra prima, un hombre de negocios, M. Burmann, el *amateur* más famoso, entonces, de las flores de moda. Y M. Burmann no podía dormir pensando en la ventana florida del zapatero. Estaba próximo un concurso donde se premiaría con 50.000 francos la más hermosa flor, y el negociante veía que Graaf iba a arrebatárle el éxito. Al último se decidió a visitar el chiribitil que presidía una imagen de San Crispín, y compró el tiesto por los 50.000 francos. En seguida arranca la planta y la pisotea en presencia del vendedor. «Burmann, dice, no debe triunfar más que con aquello que ha cultivado Burmann.» Y se aleja el hombre de negocios, en tanto queda llorando el zapatero, á pesar de la bonita cantidad que ha entrado en su bolsillo.

## LA FLOR DE LOS RICOS

?Y qué flor es esa? El tulipán. Remóntase [el origen del cultivo de los tulipanes á las postrimerías del siglo xvi, época de la introducción

de los jacintos y los tulipanes silvestres del Oriente.

El tulipán ha sido la planta bulbosa de mayor cultivo. En el siglo xvii ya se encuentran apasionados del tulipán. Ahí comenzó la célebre *Tulipanmanía* (1634-1637), que acabó por provocar un *crack*, ni más ni menos que un negocio de minas de oro. Al fin, hubo de intervenir el gobierno para sanar á los ciudadanos de su locura.

Hay bibliotecas nutridísimas que sólo archivan libros relacionados con el tulipán. Por ejemplo, la de M. Krelage, ilustre aficionado á los tulipanes, como sus abuelos, conocidos del mundo entero por su pasión tan pintoresca. Examinando los folletos, los volúmenes, los grabados que se conservan en la referida biblioteca, se ve que un tiempo Holanda especuló con los tulipanes, en una especie de embriaguez nacional. Y su locura se contagió á toda Europa.

Las flores que produjeron tanta inquietud pertenecen á la variedad



de tulipanes empenachados. He aquí el precio alcanzado por algunos ejemplares: *Viseroy*, 8.400 francos; *Gonda*, 3.000 francos; *Brondeburgher*, 3.600 francos, y el *Semper augustus*, considerado como el más bello tulipán de la tierra, y que se vendió en 16.000 francos.

Pasó la fiebre, pero ha quedado incommovible el cultivo metódico y firme del tulipán. La fama de los horticultores holandeses ha trascendido, y el tulipán es género de exportación. En 1906, la Holanda exportó 11.654,700 kilogramos de tubérculos. Calculad una docena de cebolletas por kilogramo, y ya podéis imaginaros la grandiosidad del campo que se podría cubrir con los numerosos tubérculos exportados. En Holanda ocupan los tulipanes más de 2.500 hectáreas. ¡Es hermoso ver tanto espacio florido, con tan variados matices, en mitad de los canales!

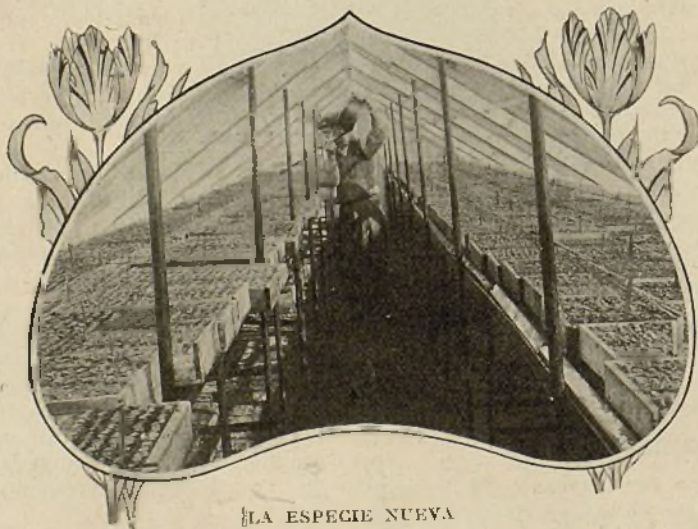
#### CULTIVO

El tulipán debe cultivarse en terreno que se componga de arena casi pura, enriquecida con el estiércol seco de las vacas. Y, como ocurre con el trigo, no podrán plantarse dos años seguidos las cebolle-

tas destinadas a la floración, en un mismo campo.

El periodo del florecer varia según las especies. Esto permite exornar por más tiempo los jardines. Las variedades más exquisitas que pertenecen a la raza dicha *del duque de Moll*, florecen a principios de abril, en pleno campo; las otras especies, que decoran tan bien los macizos y arriates, vienen luego, gradualmente.

La raza de tulipanes, maravillosa entre los maravillosos, creada por los holandeses, es la « Darwin », debida a M. Krelage. Tiene flores negro profundo, blanco sonrosado, dulce, virginal; aún da otras de un vigoroso violeta, y otras que reúnen toda la gama lujuriente de los rojos. Es muy difícil la conquista de las variedades nuevas. Es preciso combinar dos especies diferentes. Y esto requiere muchos cuidados. Las verdaderas leyes de la herencia en las plantas, todavía no se han fijado absolutamente. Aún ignoran los sabios qué bulbo da el color y cuál la forma. Se han constituido congresos en Londres y Nueva York para estudiar la hasta ahora secreta germinación. Esperemos que un día se obtendrán las plantas que sueñen los más imaginativos horticultores.



LA ESPECIE NUEVA

No descansa nunca el cultivador de perseguir una especie nueva, y procura su empeño por medio de los mayores cuidados.





# Ensalada

« por »

LUIS BONAFOUX



Entre Alphonse Kirchhoffer y Henri Rochefort, los periódicos más principales han dado la preferencia al primero. Se comprende. Rochefort era un esgrimidor de pluma, y Kirchhoffer era un esgrimidor de espada.

Yo no soy de los que creen que Rochefort llevó en este mundo amargo una vida aperreada. No fué sino muy buena. Paris, que le animó á luchar, supo recompensarle. Su casa (puedo decirlo porque estuve en ella, presentado por Tarrida del Marmol) era un museo de obras de arte. Su mesa era copiosa y selecta. Viviendo así, se puede ser « ironista » y satírico. Lo difícil es ser lo uno y lo otro cuando no se tiene la certidumbre de comer al día siguiente. En su notable *España trágica*, el esforzado escritor Iglesias Hermida recuerda que el *Espartero*, moribundo, exclamó: ¡Más cornás da el hambre!

Los cards de la existencia de Rochefort se trocaron siempre, por arte de encantamiento, en rosas. El mismo las muestra en las *Aventuras de su vida*. Durante su viaje á Nueva Caledonia, en vez de ir, como estaba mandado, en la bodega del buque, dispuso de un buen camarote, que le dió, porque sí, el capitán. Nueva Caledonia fué una Capua para él. Jugaba á la brisca, se bañaba en el mar, pescaba con caña y se fugó cuando quiso. Al llegar á Austraha le cayó una lotería representada por cinco mil dures, enviados por Adam — no el del Paraíso, sino el de Paris —; al llegar á Londres le alojaron sus amigos en un pabellón, y le dieron dinero para fundar un periódico; en Londres vivió como un príncipe, y en la cárcel de Santa Pelagia, de Paris, por poco se muere de tanto zampar lo mucho bueno que le enviaban sus amigos.

Rochefort debía mucho á su pluma sobresaliente. Pero fuera de la atmósfera parisiense, esa pluma no hubiese volado tanto. Tan cierto es que el hombre, las más de las veces, es lo que quieren las circunstancias.

El redactor de *l'Intransigeant* no era entusiasta — quizás tampoco amigo — de España; pero sí de los españoles que conspiraban en Paris contra las Instituciones.

En él, mientras estuvo desterrado Ruiz Zorrilla, encontraron ellos un protector de *cent sous*. Mi amigo el excapitán Casero tuvo más suerte todavía: apiadado del raquitismo de una niña, muy mona, que tenía, señalóle Rochefort una cantidad diaria para leche. Pasó un año, pasaron dos, y tres, y la criaturita continuaba á leche á todo pasto; y era que el bravo excapitán, volviendo por necesidad á los tiempos del biberón, le echaba una manita al de su hija.

Para dar idea de lo que dura un litigio en Rusia, se ha contado que un señor cedió una de sus mujicks á una dama amiga de él, para que le criase un niño recién nacido, y que como le diera la ventolera por quitárselo á los veinte días, fué procesado por la madre. Una mañana, á tiempo que el emperador Nicolás pasaba una revista, llegó un mensajero y entregó un pliego sellado á un coronel de la escolta imperial.

— ¿De qué se trata? — preguntó el emperador.

— De notificar una sentencia que condena al amo de una nodriza á dejarle su niño de pecho hasta que lo destete.

— ¿Y quién es ese rorro? — volvió á preguntar el emperador.

Y el coronel, tímido:

— Ese rorro soy yo, sire.

Si Rochefort hubiera tenido la curiosidad de sorprender á la consabida cria, lactando, más de una vez se hubiese encontrado con los bigotazos de Casero pegados al frasco.

¡Qué tiempos aquellos! No se parecen á estos otros en que franceses y españoles, *la main dans la main*, marchan á la conquista del vellocino comercial.

¡Y qué de banquetes! Once invitaciones, según mis cuentas, he recibido para otras tantas comilonas — en Nancy una de ellas —, á ninguna de las cuales asistí, porque, sobre darme dolor de barriga, yo le tengo á un banquete oficial más miedo que á un nublado. Con razón recordó el marqués de Villa-Urrutia que las peroraciones durante la manducatoria se usaron en China, hace más de dos mil años.

LUIS BONAFOUX.



# el gran mundo



Los historiadores de tiempos viejos olvidaron, en sus relatos, muchos aspectos de la vida humana.

Bien puede afirmarse que en las crónicas de grandes siglos no resplandecen, en punto á hechos, más que el brillo de las batallas y las luces siniestras de los regicidios.

Todo se reduce á castillos roqueros, luchas fraticidas, conquistas injustas, guerras tenebrosas y otras cosas de análoga índole, todas tristes, todas dolorosas.

La historia anecdótica que triunfa á la hora presente, en particular por las páginas de la literatura francesa, que, sin disputa alguna, es la más amena de todas las literaturas contemporáneas, trae los cambios de luces y colores.

En ese orden de ideas figuran aquellas que hacen relación á la llamada vida mundana.

Y cuenta que los tales hechos tienen muchas veces, casi siempre, gran importancia.

A las veces la sonrisa de una dama, los pormenores de una fiesta elegante, los secretos de una comida diplomática, alcanzan más influencia en la suerte de un pueblo, que las consecuencias de una reñida batalla campal.

La vida mundana, en el concepto que de ella tenemos en nuestros días, nació, por así decirlo, el día en que Richelieu trajo á la capital de Francia, para agruparla en torno de la Monarquía, á la vieja nobleza, que andaba desperdigada por los castillos feudales.

Las damas y los caballeros que perdían el poderío que hasta entonces habían tenido sobre sus vasallos, procuraron restaurar su fuerzas y su prestigio en la Corte, dominando, á lo menos, por el brillo y el esplendor de sus salones.

Toda la historia del *Gran Siglo*, palpita, con sus rasgos peculiares, con sus colores propios, en la vida social.

En los episodios de esa vida mundana encontramos, por ejemplo, las notas características, que muestran, en toda su realidad pintoresca, á una época heroica, á la época en que los elegantes se batían por poca cosa ó por nada, en que los Montmorency, y los Beaufront, y los Coligny contaban los desafíos por docenas,

llegando el caso al extremo de figurar entre los duelistas damas tan principales como la Condesa de Polignac y la Marquesa de Nesle, que fueron al terreno del honor por Richelieu.

Episodios de esa misma índole, pintan, mejor que el relato de cosas transcendentes, los tiempos á que ha dado el Abate Sicart este sugestivo nombre: *El Gran Siglo Penitente*, en los que se impuso, por rendir culto á la moda, todo lo que tenía olor de santidad.

Este siglo penitente fué el siglo XVII, en el que brilló, al par que la inmoralidad, la fé, y que nos muestra, entre otras cosas extrañas, el cambio de vida de Luis XIV, la conversión del poeta Racine, la manera edificante de morir que tuvieron Ninón de Lenclos, la Marquesa de Brinvilliers y la misma Voisin, la famosa envenenadora, y el ingreso de la Duquesa de la Vallière en el Convento de Carmelitas del *faubourg Saint Jacques*.

En esta época logró todo su apogeo el célebre Abate Ransay, que, después de producir con su conducta muchos escándalos, se retiró á un convento de Trappenses.

Nada puede trazar tampoco mejor la silueta de un siglo que la conocida historia que llevó al teatro Sardou con este título: *El Drama de Los Venenos*.

Las intimidades de las luchas de la fronda hay que buscarlas también en la vida mundana.

La historia de Luis XVI y Maria Antonieta hay que buscarla, á su vez, en Versalles.

Para conocer á fondo lo que fué el Imperio, hay que conocer la Corte de Napoleón, y toda la prosa del *Rey de los Franceses* se encuentra en la vida modesta de Luis Felipe, y la razón de muchas de las cosas que ocurrieron en tiempos de Napoleón III hallanse bajo los esplendores de las grandes fiestas de las Tullerías, de Saint Cloud y de Compiègne.

La vida del gran mundo, en suma, refleja, como ninguna otra manifestación de la actividad humana, el carácter de una época.

JUAN DE BÉCON.





*¿ Conoce usted esta droga ? — preguntó Ram-Moraley*

## EL SECRETO

Del Doctor

## RAM MORALEY

por José Muñoz Escámez



IV

Cuando llegamos al guardarropa y mientras nos poníamos los abrigos, díjome Ram Moraley :

— No se extrañe de que haya solicitado

yo el concurso de usted. Es usted un hombre resuelto y cuento con su auxilio para el caso probable de una agresión.

— ¿ Qué dice usted ? ¿ Una agresión ?

— Sí ; estoy seguro de ello. A pesar de las mil precauciones de que rodeo mi vi-



da, apenas pasa día sin que me vea obligado á defenderme.

— ¿Tiene usted enemigos?

— Más numerosos que los pueda tener monarca alguno de la tierra.

Cruzó por mi mente la idea de que aquel hombre era presa del delirio persecutorio.

— Es probable, dijo como respondiendo á mi pensamiento, que tenga usted ocasión de convencerse de que no soy un visionario.

Me avergoncé de mi pensamiento como de una ofensa y me apresuré á asegurarle que estaba dispuesto á todo para defenderle y acompañarle hasta su casa.

No eran injustificados sus temores; apenas habíamos dado un centenar de pasos por la Avenida, cuando un hombre se lanzó sobre él dándole en el pecho una terrible puñalada. El ataque fué tan rápido que no dió lugar á prevenirlo; cuando me repuse, agarré al asesino con toda mi fuerza por un brazo, pero ya lo tenía sujeto por el cuello el doctor Ram Moraley y lo sacudió con un vigor de Hércules. Llebaba el criminal levantado el brazo izquierdo para cubrirse la cara y atacaba con la diestra por debajo, á modo de los apaches parisienses. Al tratar de libertarse de los acerados dedos del doctor, bajó el brazo izquierdo y pude ver las convulsas facciones del conde Caffieri. Ram Moraley, con la mano que le quedaba libre, obligó al criminal á levantar la frente y clavó en sus ojos su terrible mirada. En el acto, los ojos del conde italiano denotaron un horroroso espanto y dijo con voz ronca y extrangulada, que se abría difícilmente paso por la garganta que oprimía la mano del doctor:

— ¡Perdón! ¡Perdón! ¡Déjeme usted!

Temblaba como un azogado y cerraba los ojos haciendo al propio tiempo violentos esfuerzos par apartar la cabeza y librarse así de la fulgurante mirada del doctor Ram Moraley.

— Esperabas enviarme á la tumba como á Fernando, dijo el doctor con una voz que debía penetrar hasta la médula del miserable, á fin de que tu infame secreto pereciese conmigo. Los crímenes se encadenan, ya lo ves, pero éste no has podido consumarlo. Hay una Providencia y ahora soy yo quien tiene tu vida entre sus manos, esa vida de embuste y de vergüenza...

— Perdón, repetía el espadachín; sus piernas flaquearon y se dejó caer en tierra.

— Perdón, repuso de nuevo. ¡Tenga usted piedad de mí! ¡Sufro mucho!

— Cuando ves la partida fracasada eres tan cobarde como vil. Imploras compasión ¿la tuviste de tu hermano? Por fortuna luya, tengo algo más grande que hacer que el entregarte á la justicia humana. La di-

vina se encargará de ti; á ella te entrego; eres libre, pero ten presente que una nueva tentativa te enviaria al cadalso y que la voz que te ha impulsado contra mí no te salvaria... ¡Anda, vete!

Caffieri se levantó penosamente y huyó aterrorizado.

— ¿Está usted herido? pregunté á mi compañero.

— No; repuso éste señalando en el suelo los pedazos del puñal que el asesino habia dejado caer. El estilete se ha roto contra mi cota de malla que es excelente y á prueba del más vigoroso brazo. Aun las balas blindadas no la atraviesan sino difícilmente. Sin eso, hubiera ya sido víctima de uno de los treinta y nueve atentados de que he sido objeto.

Un coche pasaba é iba á hacer yo señas al cochero de que se detuviera, pero el brazo del doctor confuso mi ademán.

— No, ese no; va ocupado.

Como viese yo que tenía levantado el alquilar, selo hice notar á Ram Moraley, el cual me respondió:

— Pues á pesar de eso está ocupado por alguien á quien usted no puede ver, pero que yo distingo perfectamente.

Hice como si no me enterase y Moraley se dirigió rápidamente hacia un automóvil que asomaba por el extremo de la avenida y le hizo seña de que se acercase. Aproximose entonces al *chauffeur*, le miró con atención y, en seguida, le dió tranquilamente las señas de su casa.

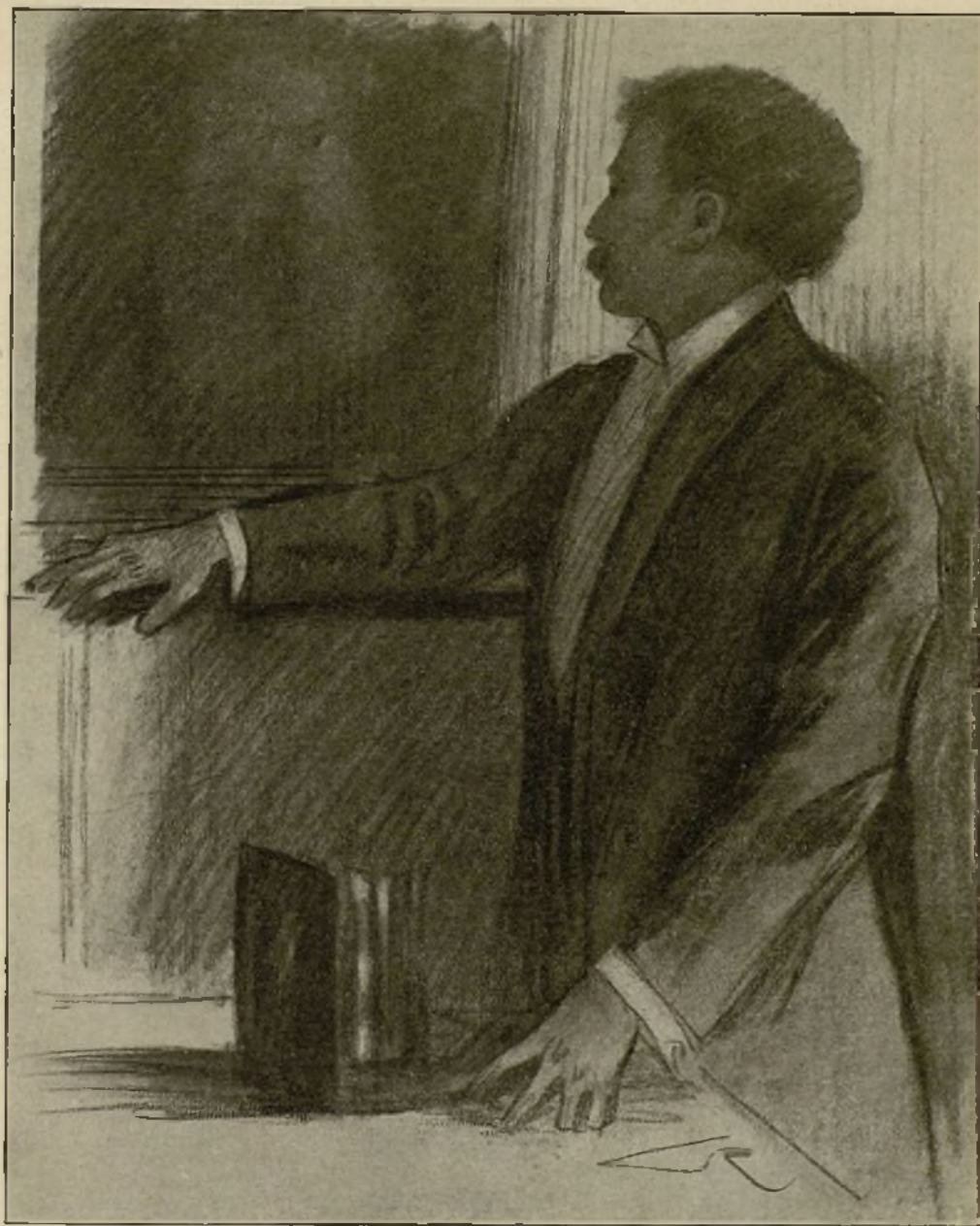
## V.

Llegamos sin tropiezo á la avenida de Daumesnil, en las afueras de París, en donde los viandantes son raros á esa hora tardía, y el automóvil se detuvo ante un hotelito de tranquila apariencia, que el doctor ocupaba por entero y que estaba rodeado por un jardín. Una elegante verja le separaba de la avenida.

Al apearnos del vehículo, miró el doctor á todos lados con extraña atención. No habia nadie en todo lo que la vista alcanzaba y el coche desaparecía á los lejos. La noche clara y los faroles encendidos, permitian ver á gran distancia. La soledad era completa y, sin embargo, el doctor me dijo con aire preocupado: — ¡Démonos prisa! ¡no estamos seguros!

Al propio tiempo levantó la mano y de sus dedos irradió un efluviio fosforescente que no tardó en envolvernos como una neblina luminosa. La puerta del jardín se abrió sin ruido, atravesamos el estrecho jardín, subimos la escalinata y penetramos en la casa cuya puerta se abrió tan silenciosamente como la de afuera. En el momento de entrar en el vestíbulo, éste se iluminó y un criado de aspecto sonambúlico salió á nuestro encuentro, sin que





*En el espejo vi reflejada la imagen del superhombre.*

se oyera el ruido de sus pasos. No vi de dónde había salido y hasta me pareció que había brotado del suelo.

Entramos en el despacho de Ram Moraley. Una vez cerrada la puerta, exclamó el dueño de la casa:

— Al fin, estamos en lugar seguro. Ahora podemos hablar.

Una lámpara eléctrica velada por una gran pantalla verde, iluminaba discretamente la vasta pieza silenciosa concentrando su luz verde sobre una mesa en la cual se amontonaban en confusa mezcla frascos, libros y aparatos de raras formas, nunca vistos por mí. En los muros ni un cuadro, ni un adorno, sólo espejos



colocados en diversas posiciones. Al pasar frente a uno de ellos, advertí con sorpresa que mi imagen no se reflejaba en él. Invitéme a tomar asiento el doctor y él se sentó a mi lado y, tras breve pausa, comenzó a hablar en estos términos:

— Voy a explicar a usted el motivo de mi conducta en lo que a usted concierne, y la libertad que me he tomado de traerle hasta aquí. Seguro estoy de que cuando salga usted de esta casa no será usted el mismo hombre que entró en ella, y que sus ideas sobre ciertas cosas habrán cambiado en absoluto. ¿Procedo bien ó mal en ello? No sé... Obedezco a la impetuosa necesidad de comunicar con un espíritu elevado, para satisfacer el mío que con imperioso requerimiento a ello me obliga, y, además, creo cumplir un deber de conciencia. Sí, continuó con la mirada vaga como hablándose a sí mismo, es un deber para mí comunicar a un alma, bien templada y resuelta, el descubrimiento que he realizado a fin de que este no sucumba conmigo. Usted va a ser el heredero y continuador de mis trabajos y aunque es posible que con ello le haga desgraciado para el resto de su vida, la humanidad bien merece que se sacrifique la tranquilidad y el sosiego. Está usted al borde del abismo... aún es tiempo de alejarse... y mi secreto sucumbirá conmigo... No me interrumpa usted, exclamó contentiendo un gesto la protesta que iba a escaparse de mis labios; conozco su respuesta; el cerebro es para mí un libro abierto en el que leo fácilmente.

Y el doctor continuó de esta manera:

— Desde hace dos años, como Diógenes, busco a un hombre sin que hasta hoy haya podido encontrarle. Usted es el hombre a quien yo buscaba. Repito que el enigma, cuya solución he descubierto y voy a transmitirle, va a causarle una preocupación intensa, una inquietud de todos los instantes...

Al oír estas palabras sentíme penetrado de un sentimiento extraño y complejo, mezcla de curiosidad invencible y de cierta vaga opresión muy semejante al vértigo de la altura.

— No sé, dije, si soy el hombre a quien usted busca, pero déjeme decirle, aun cuando mi pensamiento le sea conocido por su increíble penetración, que ardo en deseos de conocer el problema cuya solución ha encontrado usted y que me pongo a sus órdenes de un modo resuelto.

Sonrió Moraley, me estrechó la mano y prosiguió:

— Nos encontramos en el único lugar de la tierra en donde puedo permitirle una revelación tan grave como la que voy a hacerle, sin que indiscretos fantasmas, para los cuales no hay muros bastante espesos, puedan sorprendernos. Las pa-

redes de este gabinete están impregnadas de un fluido particular como el que ha visto usted irradiar de mis manos cuando penetramos en la casa. Vea usted, me dijo apagando la luz eléctrica, la energía fluidica que emana de las paredes.

Cuando mis ojos se hubieron habituado a la obscuridad, vi con asombro que de las paredes brotaban ligeras lucecillas, extrañas fosforescencias semejantes a fuegos fatuos, que poco a poco me permitieron distinguir los objetos que me rodeaban.

— Este fluido, dijo Moraley, es una muralla contra los superhombres.

— ¡Los superhombres! exclamé estupefacto.

— Sí, los superhombres que me persiguen sin descanso desde que he sorprendido su secreto. Al entrar aquí he tenido que hacer brotar de mis manos el fluido que los contiene a distancia, y así he logrado alejar a dos, que en el colmo de la cólera me prohibían que revelase su existencia.

En este momento vibró la puerta a impulso de fuertes golpes aplicados por la parte exterior.

— ¡No! exclamó Ram Moraley ¡no entraréis aquí! ¡No lograréis impedir que cumpla la misión que me he impuesto! Ya lo ve usted, continuó encendiendo de nuevo la luz eléctrica, llegan hasta el umbral de mi gabinete, y, como no pueden entrar, intentan asustarme con una acumulación de energía que sin duda han debido recoger lejos de aquí. Pero dejemos a un lado estos detalles y vamos al objeto que me determinó a pedir a usted esta entrevista.

Tomó de sobre la mesa una caja de habanos, ofrecióme uno, encendió el otro y, recostándose en su butaca, dirigió su mirada al techo como si siguiera con la vista las azuladas espirales de humo; y prosiguió de este modo:

— Hace más de quince años cultivaba yo con entusiasmo las ciencias naturales, cuyo estudio era favorecido en mí por una disposición filosófica innata. Estudié con ardor la evolución de los seres y me sorprendió el hecho incontestable de que los tipos intermedios son transitorios, de vida efímera, como si una vez cumplida su misión de servir de puente para el paso de una especie a otra, la naturaleza los suprimiera. Esta desaparición de los tipos intermedios ha producido innumerables soluciones de continuidad en la cadena que se extiende desde el protozoario hasta el hombre, más aún, desde los vegetales unicelulares hasta nosotros, pasando del reino vegetal al animal por una serie de estados, en relación con los cuales la esponja es todavía un salto demasiado brusco. Ya en este camino, parecióme que no había



motivo alguno para que una cadena que en los infinitamente pequeños no tiene otro límite que el de la potencia del microscopio ó del ultra microscopio, terminase por el otro lado en un eslabón tal como el hombre, que no es, ni con mucho, un ser perfecto que pueda ser considerado, sin exagerada inmodestia por nuestra parte, como el último término de la Creación.

Si, pues, por un extremo de la cadena se llega á los infinitamente pequeños, á los vibriones, á los microbios, á las bacterias, era lógico, más que logico, posible; más que posible, probable; más que probable, cierto, que los eslabones continuaban más allá del hombre y que sólo la imperfección de nuestros sentidos nos impedía percibirlos.

Al pronunciar estas palabras, el rostro del doctor Ram Moraley resplandecía con la fe del sabio seguro de su descubrimiento.

— Talera mi convicción, continuó, que me dediqué resueltamente á buscar el eslabón inmediatamente superior al hombre, ó bien el siguiente, á causa de la eventualidad de que el primero hubiera desaparecido. Puesto que la dificultad estriba, pensé, en la falta de medios de observación, preciso es que me fabrique un arsenal adecuado antes de ponerme en campaña. Renuncio á contar á usted todas las peregrinaciones que realicé por todas partes, en busca de los elementos necesarios para comprobar mi teoría. Asistí á reuniones misteriosas en donde se evocaban fantasmas, que no eran otra cosa sino seres cascarones formados por la acumulación de las energías presentes y que se deshacían como el humo apenas cesaban de obrar las fuerzas que los habían engendrado. No dudo, sin embargo, de que á veces se haya mostrado en esas reuniones algún superhombre, más si lo ha hecho, ha sido seguramente para desorientar las investigaciones y nunca para favorecerlas.

Escuchaba yo al doctor Ram Moraley con atención y sorpresa profundas, los ojos estáticos y mi cigarro se apagó y cayó al suelo sin que yo lo advirtiera sino mucho después.

— La solución del problema continuó Ram Moraley, no

estaba pues allí, y pensé que lo indispensable era aumentar mi poder perceptivo, centuplicándole si posible fuera.

— Permítame que le interrumpa, exclamé, para decirle que tal aumento de vitalidad debía forzosamente producirse á expensas de la duración de la vida y que, por consiguiente, de lograr tal exaltación de energía sólo hubiera usted vivido algunos meses.

— Hace ya cuatro años que vivo de esta manera, respondió sonriendo Moraley, y nada hace presentir mi fin próximo por agotamiento. Usted es médico, auscúltame, verá que mi corazón marcha con la regularidad de un cronómetro, que mis pulmones funcionan normalmente y que todas mis vísceras, en suma, responden á ese perfecto equilibrio que se llama la Salud. Sólo ha centuplicado su energía la célula nerviosa, elemento tan resistente que ni se gasta ni envejece. Enseñaré á usted células cerebrales de un hombre de noventa años, tan jóvenes como las de un



Por mi cerebro había pasado la imagen fugitiva de mi madre.



recién nacido. No, no corro el peligro de morir agotado por esta exaltación. Al contrario, he asegurado mi salud de un modo indestructible porque donde quiera que se produzca el ataque del enemigo, es decir, de la enfermedad, allí sale á su encuentro la acción nerviosa para combatirla, obligando á los fagocitos, algunas veces cobardes ó traidores, á cumplir con su deber y á defender la plaza con una energía cien veces superior á la ordinaria. Dígame si es posible exaltar cien veces la virulencia de un microbio cualquiera.

— No parece posible, respondi.

— Pues mientras los microbios patógenos no sean cien veces más terribles, nada pueden contra mí. Observe usted que por regla general los grandes genios de la humanidad han disfrutado de buena salud, y eso á causa de su exaltación nerviosa.

» No moriré yo de pulmonía, ni de tífus, ni de ninguna otra de las enfermedades que enriquecen á los médicos... desapareceré de muerte violenta... ¿Cómo?... no lo sé. Pero si algún accidente de este género noviene á interrumpir mi carrera, es probable que reproduzca la envidiable longevidad de los patriarcas... Sí, amigo mío, todo depende del sistema nervioso, y la razón por la cual los médicos se equivocan, con tan lamentable frecuencia, en el tratamiento de sus enfermos, es que no se dan cabal cuenta de los recursos del sistema nervioso ni de los medios eficaces de aguerirle. En cuanto se vea en presencia de un enfermo, lo primero que debe pensar es que el sistema nervioso se ha hecho culpable de una flaqueza.

— Pero las toxinas, los microbios, las bacterias...

— Todo eso es absolutamente inofensivo mientras los nervios se saben defender.

— ¿Y la arterio-esclerosis?

— Lo mismo; ninguna arteria podrá endurecerse si á ello se oponen con energía los nervios. En una palabra, no es que enfermamos, sino que nos dejamos vencer y consentimos en capitulaciones vergonzosas. ¿Quien, sino el sistema nervioso, dirige y guía á los inmunables batallones de fagocitos, especie de gendarmería que se opone á la marcha del microbio invasor? El sistema nervioso. El es el general y, por lo tanto, el responsable del resultado de la lucha.

Pero volvamos al punto de partida. Usted conoce la lista de los excitantes nerviosos de que dispone la terapéutica, pero ciertamente no conoce usted este.

Y al decir estas palabras, el doctor sacó de uno de sus bolsillos un estuchito de plata, le abrió y extrajo de él un frasco de cristal lleno de un líquido verdoso. Destapó el pomo y de él salieron unos

vapores blanquecinos que desprendían un fuerte aroma.

— Esta es una combinación de fósforo orgánico casi vivo, y de alcaloides extraídos de plantas exóticas, principalmente del yori africano, cuyas propiedades son desconocidas en Europa. Esta asociación produce tal irritabilidad nerviosa que las primeras dosis causan verdaderos dolores en el cerebro y en la médula, acompañados de crispación de las extremidades y de tics variados. Tuve la fuerza de voluntad de someterme durante un año á una dosis cotidiana, que gradué con precaución, y no tardé en advertir que mis facultades intelectuales adquirían un desarrollo extraordinario. Las cuestiones más áridas llegaron á ser para mí un juego de niños, y entonces, dejando los caminos trillados de la ciencia metódica, me remonté á los primeros principios, de los cuales deduje consecuencias nuevas que me parecieron evidentes. Más tarde explicaré á usted ciertas cosas á las que me llevó la intensa penetración adquirida con mi tremendo estimulante, y que seguramente habrán de sorprenderle. Por el momento me limitaré á informarle del efecto que produjo en los órganos de mis sentidos: yo era miope, y mi vista se corrigió de tal manera, que no solamente las grandes distancias no son un límite para mis ojos, sino que los rayos que irradian mis nervios ópticos atraviesan los cuerpos opacos como si éstos fueran de cristal. He aquí por qué he podido decir á usted esta noche que alguien iba á atacarme, pues había visto á Caffieri, á través de las paredes, esconderse en el quicio de una puerta aguardándome, con el estilete italiano empuñado.

Todos mis sentidos se aguzaron en progresión geométrica hasta el punto de constituir para mí una tortura, particularmente el oído, pues hasta los rumores más remotos hacían vibrar mis tímpanos de un modo insoportable. He tenido que blindármelos con una serie de pantallas que impiden que la vibración sonora llegue, antes de atenuarse considerablemente.

Parecíame estar en un inmenso cementerio desprovisto de toda vegetación y sobre la tierra árida y pelada veía circular millares de esqueletos humanos que se agitaban como si acabasen de salir de la tumba para acudir al supremo llamamiento del Juicio Final. Aquella visión macabra prodújome seria preocupación; sólo el relampagueo de los cerebros haciame comprender que aquellas figuras esqueléticas pertenecían aún al mundo de los vivos.

(Se continuará).

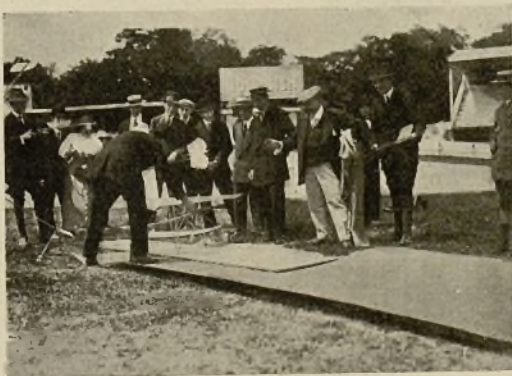
Dibujos de LOBEL RICHE.



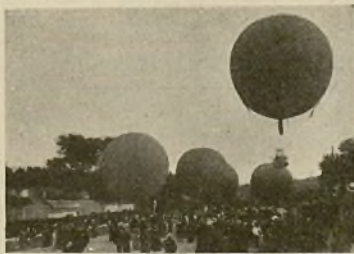


Tanto tiempo como tardó Brindejone des Moulinais en recorrer el cielo de Europa, ha gastado para ir desde el aerodromo, donde aterrizó, hasta París. Porque la multitud se arremolinaba á su paso, como puede verse en una de las fotografías que se publican aquí.

Sabido es que Brindejone des Moulinais salió de París una



mañana, almorzó en Berlín y comió en Varsovia. Este fue el primer vuelo de la maravillosa serie que le ha hecho célebre en el mundo y popularísimo en París. Se le ha condecorado con la Legión de Honor. Los grandes periódicos han organizado recepciones en honor del héroe. Cuando desembarcó en las cercanías de la Ville



Lumiére, unos cuantos admiradores lo llevaron en hombros hasta el coche. Es lo menos que se puede hacer con un hombre que baja de las nubes. Brindejone des Moulinais ya había perdido la costumbre de marchar al ras de tierra. Era preciso aclimatarlo...



La quincena ha vivido entregada á la aviación. Hubo un concurso de aeroplanos reducidos, bajo la esperanza de la Copa Gordon Bennet. De estos juguetes





saldrán definitivamente las conquistas más serias de la humanidad.

Registramos también el certamen organizado por Stella, de los globos pilotados por



mujeres. Acaecieron muchas peripecias, ninguna grave, por fortuna. Un cronista ha dicho que no había que temer ningún des-

calabro, porque en caso de apuro las faldas podían servir de paracaídas.

Mezcla de sport y de mundanismo es la jira anual que el Touring Club de France organiza á L'Isle Adam. Es una excursión que reúne todos los encantos posibles, y en este París no se conoce la palabra imposible, en materias de placer. Las gentes más refinadas, las que viven una existencia ar-



tificial entre bailes exóticos, restaurantes nocturnos, teatros de un snobismo lleno de exquisitez, exposiciones, modistos y lecturas raras, todo el gran mundo que dedica el resto del año á la busca del maliz, lánzase por un día á las aventuras robinsonescas de una marcha espontánea y libre, á través de la naturaleza, bajo el sol. París calza ese día graciosos zuecos con unas perlas incrustadas, según la última moda, que llena de piedras preciosas los altos tacones de los zapatos femeniles.

Por último, ahí tenéis el caballo Beuleur, que ganó el Grand Prix. Mucho ha corrido, pero no tanto que no pudiesen alcanzarlo la fama y la actualidad.

## COMPTOIR GÉNÉRAL DE COMMISSION HISPANO-AMERICANO

222, Boulevard Saint-Germain, 222. PARIS

Cuenta con la representación de las principales fábricas de Europa para la venta de toda clase de artículos en la América latina. Sus condiciones de venta son las más ventajosas, por cuya razón su clientela aumenta de día en día.

El **Comptoir de Commission** recibe toda clase de encargos y sirve á sus clientes con rapidez y economía.

Todo aquel que utiliza una vez los servicios del **Comptoir de Commission** Hispano-Americano, no compra ya sino por su intermedio.

La colonia Hispano-Americana de París se sirve de él para sus compras y obtiene una reducción considerable en los precios.